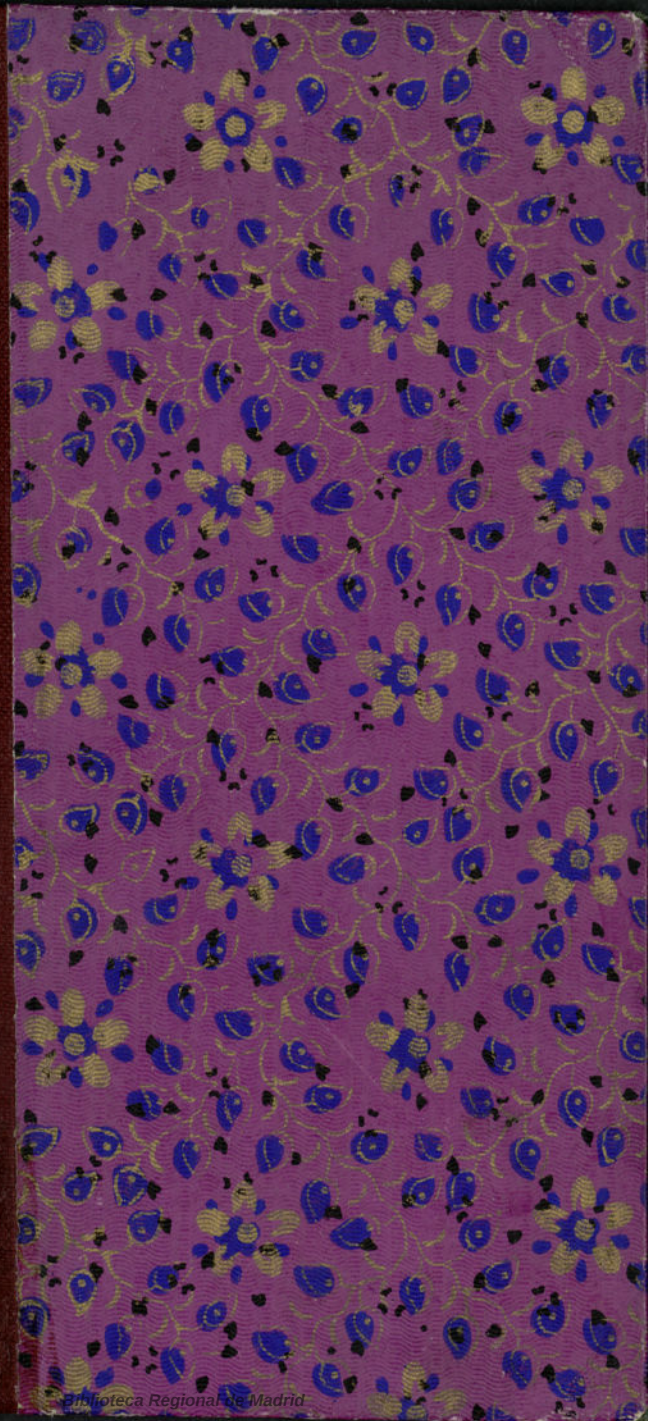


OR
ERO
LOS

63
onal



EN HONOR
DE
MESONERO
ROMANOS

FONDO ANTIGUO

A-1263

Bib. Regional

EX LIBRIS



Mariano Rodríguez de Rivas

A-1263



¡EL CURIOSO PARLANTE!...

PENSAMIENTOS, POESÍAS Y ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

POR

El Doctor Thebussem.—J. Pérez Zúñiga.—Juan Valero Martín.—Ricardo Sepúlveda.—Miguel Pérez Urria.—
María del Pilar Sinués.—Isaac Peral.—Patrocínio de Biedma.—Ángel Caamaño.—Ramón Chies.—Salvador Rueda.—Antonio Peña y Goñi.—Julio González.—Alfonso Pérez Nieva.—Joaquina Balmaseda de González.—Enrique Pérez Eserich.—Rafael M. Labra.—Juan de la Cruz Ferrer.—Carlos Frontaura.—Rosario de Acuña.
Benito Más y Prat,
etcétera.

ÁLBUM

EN HONOR Y RECUERDO

DE

DON RAMÓN MESONERO ROMANOS,

reunido y publicado por su hijo político

SEBASTIÁN LÓPEZ ARRÓJO.

MADRID

IMPRENTA DE M. P. MONTOYA

San Cipriano, núm. 1

-1889-

Luis Barrón

3800
R
36226

EL CURIOSO PARLANTE...

¡EL CURIOSO PARLANTE!...

PENSAMIENTOS, POESÍAS Y ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

POR

El Doctor Thebussem.—J. Pérez Zúñiga.—Juan Valero Martín.—Ricardo Sepúlveda.—Miguel Pérez Urria.—
María del Pilar Sinués.—Isaac Peral.—Patrocinio de Biedma.—Ángel Caamaño.—Ramón Chies.—Salvador Rueda.—Antonio Peña y Goñi.—Julio González.—Alfonso Pérez Nieva.—Joaquina Balmaseda de González.—Enrique Pérez Escrich.—Rafael M. Labra.—Juan de la Cruz Ferrer.—Carlos Frontaura.—Rosario de Acuña.

Benito Más y Prat,
etcétera.

ÁLBUM

EN HONOR Y RECUERDO

DE

DON RAMÓN MESONERO ROMANOS,

reunido y publicado por su hijo político

SEBASTIÁN LÓPEZ ARRÓJO.

MADRID

IMPRENTA DE M. P. MONTOYA
San Cipriano, núm. 1

-1889-

ES PROPIEDAD

Á LOS LECTORES DE ESTE LIBRO

INDICACIONES PRELIMINARES

Como yo en *soñar* me empeño,
y es compasiva mi mente,
hace tiempo tuve un «sueño»
que me puso frente á frente
del *setenton madrileño*.

Mientras mi vista, indecisa,
por su semblante vagaba,
en sus lábios asomaba
una plácida sonrisa
que á mirarle me obligaba.

Y le miré... como miro
tan solamente á mi padre,
dirigiéndole un suspiro
que envidiaría la madre
por cuyo afecto deliro.

«—¿Suspiras?... Pues no te asombre,
(me dijo con tierno agrado)
¡yo también he suspiradol

Porque el mundo es para el hombre
un suspiro continuado.

»Como tú, joven he sido
tuve, como tú, ilusiones...
Pero ya estoy convencido
de que *aquellas emociones*
para nada me han servido!

»Muy pronto, infeliz, suspiras...
Deja que pasen los años,
que entonces, si bien te miras,
verás hartos desengaños,
aflicciones y mentiras.»

—Pues, si en el mundo me espera
(contesté) tal porvenir,
antes la muerte quisiera
porque vale más morir
que vivir de esa manera.

«—Jamás admitas (repuso)
tan criminal argumento
de moralistas al uso,
pues no en vano Dios dispuso
que existiera el sufrimiento.

»Él nuestra fé fortalece.
Quien más sufre y menos falta,
su salvación favorece...
cuanto menos se padece,
más el pecado resalta.

»Desde el día en que nacemos

hasta el día en que morimos,
á la Patria nos debemos
y su gloria enaltecemos
cuando por ella sufrimos.

»Nunca olvides que el vivir
es una misión sagrada
que Dios nos manda cumplir...
Ten presente que al morir
serás tierra, polvo... ¡*nada!*

»Las riquezas, el valor,
el talento, la hermosura,
las lisonjas, el amor...
todo, por fatal rigor,
concluye en la sepultura.

»Pues nadie puede negar
que los vivos á los muertos,
soñando, suelen honrar:
pero una vez ya despiertos...
¡vuelven de nuevo á soñar!»

—Habrá excepciones,—grité.
«—Muy contadas»,—respondió.
—¡Quiero ser una!—exclamé.
Él, entonces, me abrazó
y al moverme... *desperté!*

Después del sueño explicado,
digno de un buen moralista,

era en mí un deber sagrado
honrar, para verme honrado,
al respetable *cronista*
que me inspiró lo soñado.

Y, sin honrarle bastante,
lo intenté resueltamente,
pues no olvidaba un instante
la insinuación elocuente
del escritor, ya *tacente*,
que fué *CURIOSO parlante*.

Dada, queridos lectores,
mi insuficiencia punible
y mis frecuentes errores
y mi modestia invencible,
tuve fundados temores
de querer un imposible.

.....
Al honrar hoy su memoria,
en pos de mi pensamiento,
hombres de talla notoria,
no dudo de la victoria,
porque al lado del talento
florece siempre la gloria.

SEBASTIÁN LÓPEZ ARRÓJO.



Con objeto de que el *homenaje* al señor Mesonero no incurriera en la monotonía de las «coronas fúnebres,» se indicó á algunos de los autores, cuyas firmas honran las siguientes páginas, que no era preciso aludir directamente á la persona ú obras del *Curioso Parlante*. Cuantos han tenido, pues, la atención de facilitar originales para este álbum, lo han hecho EN HONOR DE MESONERO ROMANOS, cualquiera que sea el asunto preferido; es decir, que todos persiguen el mismo *fin*, adoptando cada uno el *medio* más de su gusto.

El iniciador del pensamiento se complace en manifestarles aquí públicamente su ilimitada gratitud por la cortesía y eficacia con que le han prestado tan valioso concurso.

CARTA FALSA

MEDINA SIDONIA y Marzo á 5 de 1889.

Sr. D. S. López Arrójo, etc.

UY respetable señor mío: He recibido la atenta carta de usted del 28 de Febrero, en la cual me dispensa la señalada honra de convidarme para escribir en el libro que usted desea publicar en memoria de su señor padre político, don Ramón de Mesonero Romanos.

Debo decir á usted los recuerdos que su misiva ha despertado en mi mente. Tengo la grandísima suerte de ser viejo, y tan viejo, que era mozo en los tiempos en que el Conde de San Luis fué Ministro y el Marqués de la Vega de Armijo secretario del Ateneo de Madrid.

Concurría yo diariamente á este Centro literario, y hallándome una mañana parado en su puerta, acertó á entrar un caballero, no muy alto, pulcramente vestido, carirredondo y con espejuelos...

—¿Quién es ese señor?—pregunté al portero.
 —Es don Ramón Mesonero...
 —¿El famoso escritor?... ¿Está usted cierto?
 —le repliqué.
 —Si señor: el mismo... el escritor que...

No escuché más. Sin encomendarme á Dios ni al diablo, emparejé con don Ramón, suplicándole que me escuchase dos palabras.—Sí señor,—me contestó, con la mayor amabilidad,—nos sentaremos y usted dirá lo que tenga que manifestarme.

Ya sentados, y entendiendo yo siempre por sistema que la mejor diplomacia es la verdad, le dije, poco más ó menos, lo siguiente:

—«Señor don Ramón: perdone usted mi impertinencia. Entre los primeros escritos que yo leí, enterándome de lo que decían, se encuentran sus artículos de usted. Me gustan y encantan de tal modo, que no he podido resistir á mi deseo de hablar con el autor. No me atrevo á decir que *celebro haber conocido á usted*, porque yo á usted lo conozco moralmente hace tiempo, y la frase sería, tras de grosera, mentirosa. Lo que sí digo es que *celebro que usted me conozca á mí*, que soy un quídam, y que me cuente en el número de sus admiradores y apasionados...»

La risa y las frases de cariño de Mesonero

fueron extremadas. Me convidó á su casa y me ofreció regalarme unos libros.

A los pocos días marché yo á Toledo con varios amigos: volví luego á la corte; ocurrió el alzamiento de Vicálvaro; regresé á Andalucía; pasaron años y años... Me pareció inoportuno, cuando volví á Madrid, visitar á Mesonero: seguí leyendo sus escritos, y se acabó el cuento.

*
* *

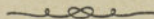
Sentados tales antecedentes, comprenderá usted la grata sorpresa, y, á decir verdad, la pena que me ha causado la epístola de usted. Y la pena consiste en que usted pide versos á quien no sabe componerlos, ó artículos de costumbres á quien juzga que dedicar semejante obsequio al *Curioso Parlante* viene á ser como llevar sal á Torre Vieja ó carbón á Newcastle.

Como usted indica que se conforma con un *pensamiento*, le diré cuál es el mío. Si Madrid hubiera tenido en cada uno de los siglos anteriores un par de MESONERO ROMANOS, que física y moralmente hubiesen descrito sus respectivas épocas con la verdad, amenidad y minuciosidad que él lo hizo de la suya, podían descansar tranquilas en las bibliotecas, sin temor de

que nadie las molestase, cuantas crónicas y cronicones se ocuparon de *Mántua Carpetanorum*.

Con lo dicho, y aún cuando usted no quede satisfecho, contesta á la fina carta de usted su atento servidor, Q. L. B. L. M.

EL DR. THEBUSSEM.



¡LO BUENO SIEMPRE ES BUENO!

Yo era niño, y mi afición
á la honesta distracción
hizo llegar á mis manos
las obras de don Ramón
de Mesonero Romanos.

Su valor no comprendía,
mas, fuera por lo que fuera,
con deleite las leía,
apreciando, á mi manera,
lo que don Ramón valía.

Pasó el tiempo dulcemente.
Las costumbres han cambiado.
Hoy el gusto es diferente,
y yo... sigo la corriente,
porque no es ningún pecado.

Pero por más que me inspiro,
siguiendo el moderno giro,
en obras de otros autores,

entre los cuales admiro
 talentos deslumbradores,
 muchas veces (y hartó siento
 que no sean muchas más)
 á solas en mi aposento
 por instinto vuelvo atrás
 los ojos del pensamiento,
 y hojeo con devoción
 buscando conceptos sanos
 y donaire y corrección
 ¡las obras de don Ramón
 de Mesonero Romanos!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

¡LADRÓN!

...La noche era fría, y menuda lluvia, amasada con el polvo de las calles, formaba ese barrillo salpicón y molesto de que se cubren las grandes poblaciones en cuanto caen sobre su sucio enlosado las primeras gotas de la lluvia.

Apenas habían sonado las diez en los relojes de la capital, y una larguísima hilera de carruajes llamaba la atención de los transeuntes, escasísimos á tal hora, que se detenían un momento ante la verja de un elegante hotel, con honores de palacio, edificado al final del antiguo Paseo de la Castellana y por cuyos balcones, y escapando por entre los pliegues de las pesadas cortinas, salían raudales de luz y de melodía, permitiendo ver de tiempo en tiempo la sombra, que se reflejaba en los cristales, de elegante pareja meciéndose al són de la música, ó de estirado caballero que con paso sosegado medía la estancia.

Los cocheros, envueltos en sus largos abrigos ó en sus pieles hasta la cintura, calados los exajerados sombreros de alta copa, y moviendo con pena los pescuezos, presos en los almidonados cuellos, formaban grupos en que charlaban y discutían llamándose unos á otros por los nombres de sus respectivos amos, y ocupándose de éstos más de lo conveniente, para atribuirles picardías y malas condiciones.

Sucedíanse los coches, que entrando por una puerta del jardín, salían por la otra, después de detenerse un momento ante el elegante portal de mármol y bronce, describiendo arcos con sus ruedas en la menuda arena del paseo que circundaba un macizo de flores, en cuyos dos extremos abríanse, en la bien labrada verja, las dos puertas que daban acceso al pintoresco jardín, y venían luego á ocupar su puesto en la fila formada por los demás carruajes, hecho lo cual, cubrían los cocheros cuidadosamente á los caballos con amplias mantas, que en sus ángulos ostentaban las coronas ó iniciales de los amos, bordadas con primor, y corrían á engrosar los grupos de sus compañeros, que acompañaban la plática con fuertes taconazos en el suelo y frecuentes resoplidos en las uñas de las manos, á fin de hacer entrar en calor sus heladas extremidades.

El sereno, hombre locuaz, entrado en años y de aspecto risueño y bonachón, había venido á aumentar la alegría de los aurigas, con sus chanzonetas y risotadas, y no tardaron en unirse al ya abultado grupo, atraídos por el ruido y el estruendo de la fiesta, dos guardias municipales que con sus pintarrajeados uniformes hacían el *vis* al puntiagudo capuchón del nocturno vigilante que empuñaba su no menos puntiagudo chuzo, del que pendía el clásico farolillo.

Conforme avanzaba la hora, eran más escasos los transeúntes y ya hacía bastante rato que ningún nuevo carruaje había venido á tomar puesto en la fila, cuando se vió aparecer á lo largo del paseo á un hombre que caminaba á paso lento con la cabeza inclinada sobre el pecho, y ni más ni menos que si su propósito fuera disfrutar de una magnífica noche del Estío.

Vestía pantalón azul, grueso chaquetón cubría su cuerpo y ocultaba la cara en larga bufanda de cuadros blancos y negros, que rodeando su garganta venía á caer por la espalda hasta cerca de las corvas.

Llegó frente al iluminado palacio, y como si se sustrajera á un sueño, detuvo un momento el paso, alzó la cabeza para fijar la mirada en

los resplandecientes balcones, y tras un instante de silencio, apretó las quijadas hasta hacer sonar su dentadura y murmuró:

—¡Maldita sea mi suerte!

Continuó después su interrumpida marcha y vino á perderse á lo largo de la sombría arboleda que adorna el más conocido paseo de la corte.

Había, mientras tanto, llegado la fiesta á su apogeo, y los salones, resplandecientes de luz y de elegancia, traían á la memoria los cuentos de *Las mil y una noches*. Damas elegantísimas cruzaban en todas direcciones, prodigando sonrisas y saludos; aquí una galantería detiene en su marcha á una viuda buena moza (y consolada ya de su desgracia) que se presenta en los salones por acceder á los ruegos de sus amigos, según ella, y por buscar sustituto al difunto, según ellos; más allá, un tiroteo de agudezas entre dos diputados de distintos partidos, ha conseguido formar un grupo que hace coro con sonrisas y guiños á las palabras de los que discuten; en la otra parte, ruborosa doncella escucha con la mirada en la falda las tiernas tonterías de un sietemesino, al mismo tiempo que arregla el prendido de flores de su escote, que indiscreto permite ver más de lo que á su dueña conviene que se vea, y en todas partes

crece la animación y la alegría, la gran comedia está en la escena más agradable de su representación, y cada actor procura cubrir el rostro con la careta que le parece más del caso.

Las notas melodiosas de un vals de Waldteufel hienden el espacio, y cada cual se dispone para rendir tributo á Terpsícore; la viuda buena moza se abandona entre los brazos de cierto brigadier bigotudo y solterón incorregible, que dibuja bajo el pintado mostacho una sonrisa de satisfacción al estrechar la breve cintura de su pareja; suspenden la polémica los diputados para ofrecer su brazo, el uno á la dueña de la casa, y á cierta marquesa que según malas lenguas le entregó el distrito, el otro; y la doncella, ruborosa se deja abrazar por el insustancial pollo que la habla al oído, sin que ella haya logrado prender sus flores, que cubren, ahora menos que antes, el nivio descote.

En tanto, y en apartado gabinete, hablan de sus negocios, don Pedro de Alcántara, propietario de aquella mansión de delicias y acreditadísimo banquero, y don Juan de Cañizares, su colega: afirmaban las malas lenguas, que jamás tuvieron DE en sus apellidos, pero es el caso que ahora lo tienen, y no es cosa de reñir por letra de más ó de menos con tan apuestos y espléndidos capitalistas.

—No está mal, no está mal hilvanado eso,—decía estirando sus patillas el anfitrión de aquella fiesta,—pero es preciso mucha oportunidad y mucha cautela.

—Mi querido Alcántara,—respondía el otro dejando escapar de sus labios una bocanada de azulado humo,—lo he previsto todo: mañana á primera hora se presentan los muchachos de casa dispuestos á comprar hasta el copón; poco tiempo después aparezco yo, les hablo delante de todos con gran secreto, y empiezan á vender: usted ejecuta la misma maniobra, y como yo me haré telegrafiar al efecto, excuso decirle más. Somos más que de sobra para realizar este negocio, que es seguro. ¿Está usted decidido?

—Es algo expuesto.

—Piénselo bien, mi querido don Pedro, pero no olvide que es seguro: nos calzamos el santo y la limosna.

—Le veo á usted tan confiado, que me hará dudar.

—¿Se decide usted?

—Hombre...

—Vamos, cuento con su concurso; son las doce,—añadió consultando su magnífico reloj de bolsillo;—voy á prepararlo todo, y dispóngase usted para recoger dinero de firme.

—Vaya usted con Dios, y dispóngase para oirme si me lo hace usted perder,—repuso don Pedro dando palmaditas en la espalda de su interlocutor y sonriendo.

Momentos después descendía el opulento banquero por la amplia escalera del hotel, envuelto en su gabán de pieles, y abrochando los botones de sus guantes; llegó al portal, y verlo y adelantar corriendo un lacayo hasta la verja del jardín, obra fué de un instante.

—¡Cañizares!—gritó el criado,—¡Cañizares!

—No ha venido aun, señor,—repitió el lacayo volviendo al pie de la escalera y haciendo profundas reverencias al caballero.

—Está bien, me iré á pie—repuso él, y avanzó resuelto hacia el paseo, y luego en dirección á la fuente de la Cibeles.

Entre tanto que esto ocurría, el desconocido que maldijo su suerte ante el hotel que acababa de abandonar el banquero, había recorrido la distancia que media entre la Castellana y Recoletos, y una vez en la esquina que forma este paseo con la ancha calle de Alcalá y después de fijar una mirada en la entonces desierta vía, sin divisar más sér viviente que el vigilante centinela que envuelto en su capotón hacía la guardia en la puerta del Ministerio de la Guerra, volvió sobre sus pasos, internóse en

las sombras que proyectan los árboles plantados en aquel sitio, y sentándose en un banco, dejó caer la cabeza entre sus manos y apoyó los codos en las rodillas.

Un viento frío y desapacible había barrido las nubes, que al empezar la noche se amontonaban en el horizonte y la luna iluminaba con sus plateados rayos el paseo, reflejando con fuertes contornos sobre el ancho enlosado de la acera las sombras del jardín y las de los puestecillos de agua, cuyas banquetas y veladores, mal sujetos por delgada cadenilla y en revuelto montón, prestaban dibujos á la sombra.

Dios mío,—pensaba el nocturno paseante,—¿qué va á ser de mí? Hoy de seguro no han comido, á estas horas no se habrán desayunado. ¡Pobres hijos de mi alma!—Y con el extremo de su larga bufanda enjugó dos lágrimas que corrían por sus mejillas.

El acompasado ruido de unos pasos cercanos vino á arrancarle de sus meditaciones.

Ánimo,—pensó,—no hay otro remedio. Y cubriendo el rostro cuanto pudo con el tapabocas y calando la gorra hasta las cejas, avanzó al encuentro del que venía.

—Caballero,—le dijo,—tengo cuatro hijos, no hallo trabajo y se me van á morir de hambre, ¿quiere usted darme una limosna?

—Estas no son horas de pedir limosna; Dios le ampare,—repuso en tono brusco el transeunte y siguió ligero su camino.

Miróle desaparecer el mendicante sin contestar una palabra ni moverse de su sitio; la desesperación y la vergüenza le clavaban en aquel lugar con una fuerza superior á la suya. Así transcurrió un buen rato, sin que el desconocido hiciera ni aun ademán de moverse; nuevos pasos vinieron á sacarle de su abstracción; volvió entonces la cabeza y como advirtiera que llegaba un nuevo transeunte, dirigióse rápido hacia él, y con voz ronca, como si una mano invisible le apretara la garganta, murmuró:

—Caballero, soy padre de cuatro hijos y no tengo pan que ofrecerles. ¿Me da usted una limosna?

El aludido no se tomó ni el trabajo de contestar: fué á seguir su camino, pero la mano del mendigo le retuvo, cojido por la solapa de su magnífico gabán de pieles.

—Le he dicho á usted,—repitió,—que me dé una limosna, porque mis hijos no tienen qué comer...

—¿Cómo se entiende?—repuso el del gabán,—toma, ladrón.

Y uniendo la acción á la palabra, sacó de

uno de sus anchos bolsillos cincelada pistola y la descargó á quemarropa sobre su interlocutor.

El proyectil había ido á perderse entre las ramas de los árboles, y el mendigo, ligero y vigoroso, arrojóse sobre su enemigo y lo derribó en tierra con la facilidad con que lo hubiera hecho tratándose de un niño.

Entretanto, el pito de los serenos sonaba ya por todas partes, y en el breve tiempo que duró la lucha aparecieron varios, que se acercaban presurosos guiados por el ruido de la descarga.

—¡Alto á la autoridad!—gritó el que llegó antes.

Entrégate ó te mato,—añadió otro, apuntando el acerado pico de su chuzo al pecho del pobre, que, ya de pie, miraba con ojos espantados á su víctima, que con el gabán enlodado, sin sombrero y con la respiración agitada, vociferaba:—Cogerlo, cogerlo; me ha querido asesinar para robarme. ¡Canalla!... ¡Ladrón!!

Los agentes ayudaron á limpiarse lo mejor que pudieron al caballero, y tras un registro en los bolsillos del mendigo con objeto de ver si llevaba armas, y no sin atarle sólidamente las manos á la espalda, marcharon para ponerle á disposición del Juez de guardia.

Al día siguiente leíase en los periódicos de la capital:

«Anoche fué víctima de un brutal atentado, el respetabilísimo banquero don Juan de Cañizares.

»En ocasión de retirarse á su domicilio y al atravesar el paseo de Recoletos, fué sorprendido por un malhechor que intentó asesinarle; afortunadamente el referido banquero rechazó el ataque con tal bravura que detuvo por sí mismo al delincuente, que fué puesto á disposición de los tribunales.»

Y en otro lugar:

«En los círculos financieros corrió esta tarde la noticia de que un conocido corredor de Bolsa había puesto fin á sus días, disparando una pistola sobre su sien derecha, por efecto de una considerable pérdida, debida á la falsa noticia de una gran alza de valores en las Bolsas de Londres y París.

»También se habla de suspensión de pagos en algunas conocidas casas, á consecuencia de la misma funesta equivocación.»

JUAN VALERO MARTÍN.

Barcelona, 9 de Febrero de 1889.

LAS POSADAS SECRETAS DE MADRID

EN EL SIGLO XVIII



I



N el siglo de las casas de vecindad y de los grandes hoteles, casi no acertamos á comprender el sentido exacto del título que encabeza estas líneas. ¡Las posadas secretas! ¿Y por qué no habrían sido públicas? ¿Era falta ó delito buscar albergue provisional en casa extraña? ¿Era pecado viajar por el interior de la madre patria? Y si no lo era, ¿por qué había de ser secreto y vergonzante el hospedaje?

¿Qué tendrían que disimular nuestros venerables antepasados, cuando, hallando á mano paradores, ventas, hostelerías y posadas públicas, buscaban con fruición el incógnito de las secretas, por lo regular al cuidado de una señora avanzada en edad, con ó sin tocas, y asistida por uno ó más pimpollos de veinte años para arriba?

No debemos pedir á la vida social antigua la clave de ciertos misterios.

No debemos interrogar á las *posadas secretas* de los tiempos honestos porque aquéllas responderían velando el rostro con el manto que las leyes suntuarias dieron á su pudor, y éstas, que hace tiempo se fundieron en casas matriculadas de huéspedes, dirían que su abo-
lengo es noble y decente, como que proceden de las hospederías, agregadas á los colegios mayores de las órdenes militares y de fundación particular, que en Salamanca, por ejemplo, llegaron en el siglo XVI á más de cincuenta.

Preguntad á la ciudad de las letras y las artes, á la hija del cristianismo armonizado con la ciencia, al emporio monumental de las 35 iglesias parroquiales, 25 conventos de frailes, 25 de religiosas, 25 colegios mayores y menores, 25 arcos en su puente, 50.000 habitantes y 1.000 campanas; preguntad dónde albergó esa *Roma chica*, Atenas cristiana de Occidente, 16.000 estudiantes jóvenes que llegó á contar la matrícula de sus escuelas, y os dirá que todas las casas, altas y bajas, pobres y ricas de la ciudad literata, tuvieron á mucha honra dar posada al peregrino estudiante; que todas abrieron sus puertas para rendir secreto home-

naje al sopista de talento, al esplendor de la madre de las ciencias y al amor de sus numerosos discípulos.

¿Por qué no había de ser Salamanca, patria de sabios, la inventora de esa manera de vivir honesta, secreta y económicamente en el seno de las familias, con la confianza que reina entre padres é hijos, parientes y amigos?

Por lo demás, el espíritu franco, galanteador y pendenciero estuvo tan encarnado en los usos y costumbres de aquella juventud alegre, siempre inquieta y osada, que no nos extraña los apuros que pasaron en Salamanca Santa Teresa de Jesús y una monja que la acompañaba, Sor María del Sacramento, al tomar posesión, en Octubre de 1570, de una casa próxima á la plaza de Santo Tomé, que ocupaban unos estudiantes de Calepino y estoque.

La santa cuenta en sus obras, con verdadero candor, el miedo que pasaron la primera noche de posada ella y su compañera, porque los estudiantes, que eran bien educados, se mostraron, sin embargo, asaz impertinentes con las santas peregrinas.

Por fortuna, la alegría de aquellas cabezas adolescentes, alguna de las cuales coronó más tarde el laurel de Apolo, se evaporó en requie-

bro cultos de buen sabor literario, y... váyase lo uno por lo otro.

II

La digresión que precede, ha sido motivada por un curiosísimo papel, que entre otros mil notables y de verdadero mérito, conservaba el ilustrado coleccionista de autógrafos don Eugenio Alonso y Sanjurjo, ya difunto.

En ese papel, de puro hilo sin satinar, ahumado por los cantos y escrito en letra menuda, pero de tipo gallardo, se recopilan las minutas, órdenes y copia del informe que emitió la Junta del Consejo nombrada al efecto, y compuesta del conde de Campomanes, decano gobernador, don Miguel Mendinueta, don Mariano Colón y don Antonio Cano Manuel, individuos del Supremo Tribunal, en el expediente á que dió lugar en 1778 un memorial suscrito por don Felipe del Arco, vecino de Sanlúcar de Barrameda, quien, «habiendo residido catorce meses en Madrid para el seguimiento de cierta instancia, había habitado en este tiempo tres posadas, al cuidado la primera de un albañil, la segunda al de una mujer de nota sospechosa, en compañía de un hombre sin oficio, á quien llamaba su marido, y la tercera al de un lacayo, casado, que disponía de grandes

cuartos, impropios de su clase, y hacía de ellos una arbitraria y desarreglada negociación con crecido número de huéspedes, que en las tres posadas llegaban á 27.» El don Felipe se queja de haber sufrido en los portales de dichas casas insultos y robos, y pide el remedio de tales desórdenes.

Resulta, en efecto, de todo lo dicho, y de un papel anónimo que se cita en expediente, que á mediados del siglo último, fué por demás excesivo el número de posadas secretas que hubo en Madrid, á causa de la carestía y mala traza de las posadas públicas y de la escasez de los cuartos de vecindad. Los forasteros no tenían más remedio que morir al palo, y era cosa frecuente ver á vasallos honrados de su majestad vivir mezclados con los vagos de profesión en las posadas secretas.

No se conocían entonces las maniobras del *timo*, ni otros escamoteos ingeniosos que ahora se usan; pero había bastantes discípulos de los Caballeros de la Tenaza; de modo que el pobre que caía en una secreta posada, tenía que vivir en perpétua vigilancia, defendiendo el bolsillo con espadín ó con garrote.

Los desmanes llegaron á tanto, que se pensó seriamente en la abolición de las tales posadas, y sobre el particular se escribieron sen-

das fojas, interviniendo Floridablanca en la redacción de algunas. Al fin, todo bien meditado se resolvió, por decreto al Consejo y Real orden expedida en San Lorenzo, á 14 de Octubre de 1788, dirigida á don Pedro de Lerena, «que, en vista de los abusos y perjuicios que se experimentan en Madrid con motivo de la escasez y carestía de habitaciones de alquiler se sujeten aquellas á la vigilancia de los alcaldes de barrio, de los de corte y cuartel y de la policía general; que cuanto antes se edifiquen casas y se hagan muchas habitaciones en los solares yermos que hay desde la puerta de los Pozos á la de Recoletos, y en las casas bajas á la malicia, pertenecientes á mayorazgos, capellanías y otras manos muertas, á cuyos dueños se concederá relevación de servicio ó derecho de casa de aposento por tiempo de cincuenta años.»

De esta manera, luchando con precauciones y dificultades, quiso la Majestad de Don Carlos III, ilustrada por el consejo de Floridablanca, Campomanes y otros perínclitos varones, dar á la capital de las Españas aire de progreso urbano, que hasta entonces no tuvo, porque siempre se inspiró en las maravillas de ciertas industrias, en la explotación de ciertos vicios ruines y en el desenfado meridional caracterís-

tico de los pueblos indolentes, enemigos de refinamientos, donde la miseria es siempre activa, porque es harapo de la soberbia de raza, que descubrió mundos nuevos y venció pueblos salvajes.

El cuadro del hidalgo de gotera, flaco, huesudo y macilento, envuelto en capa rota, con espada de taza al cinto, un libro de pergaminos, y la olla en el fogón, vacía de todo perfume alimenticio, siquiera fuera la flatulenta habichuela ó el abadejo salado; ese cuadro indigno, que todavía se encuentra entre los robledales de la montaña, tendrá siempre para nosotros una filosofía transcendental, refractaria á toda innovación saludable, porque somos el pueblo que vive más de la tradición y de los recuerdos. El árbol, la cabaña, la tierra pródiga, el sol que dora y quema; nada más que eso necesita el ibero moderno para ser feliz, como lo fueron los primitivos pobladores de este jardín de las Hespérides, que representó, en su lozanía inexplicable, la cabeza de Medusa.

III

Lo único que consiguió Carlos III, con su ordenanza, fué morigerar un poco las posadas secretas. Ya no se robaba en ellas impunemente; ya se daba cocido con perdigones de Segovia,

principio de menudos adulterados, y postre de castañas pilongas, todo esto por cinco reales sin vino, y seis con Arganda. Es decir, que, legalmente, no se podían morir de hambre los pupilos de esas posadas.

Pero, entre tanto, la verdadera casa de huéspedes no se abría.

La patrona legendaria, cantada por Bretón, no aparecía. La fonda democrática, falansteriana, universal, donde el hombre se convierte en número, no se vislumbraba siquiera.

Fué necesaria una revolución tan imponente como la del 1793, y su derivada del año 1808, para que Madrid conociera la primera fonda, con sillas de Vitoria y camilla, ó el primer hotel, que ahora decimos; fué preciso que la manolería de los barrios hostiles pactase alianza estrecha con los chisperos de la calle de Pelayo y adyacentes, al objeto de estrujar, desplumar y apalear á los huéspedes incautos de las posadas secretas en los portales de las mismas, para que la sala de alcaldes y el Corregidor, designado por el omnipotente Consejo de Castilla, pensasen seriamente en la seguridad, salubridad, comodidad y ornato de la villa y corte de Madrid y sus 16.000 habitantes *estables*, como dicen ahora las señoras amas de casa, viudas ó solteras, que invitan, por medio de *La Corres-*

pondencia, á los huéspedes formales á compartir con ellas un cuarto, que no es de alquiler, pero sí habitable, con asistencia ó sin ella, por la módica retribución de cuatro ó cinco pesetas diarias.

IV

Para trazar el cuadro de Madrid y sus posadas secretas en los reinados de Carlos IV, Fernando VII é Isabel II, se necesitaría una pluma tan experta y acreditada como la del ilustre «Setentón» el cronista depositario de los secretos de la corte, el maestro por excelencia en el arte de narrar con interés, y sin menoscabo del *oso prieto en campo de plata*, los portentos de la transformación, que de un lugar frondoso, poblado de abundante caza, han hecho campo de estrago, puesto que, arrasados los árboles para levantar palacios, las fuentes, que mantenían la humedad perpetua de las lozanas campiñas, se secaron para dar forma al erial perenne de estos arenales de triste aspecto.

Don Ramón de Mesonero Romanos debió ser, y no yo, quien glosara los papeles curiosos que guardaba el erudito compilador señor Sanjurjo, sobre posadas secretas, porque él tenía la experiencia y el tino de lo que se puede

decir, y de lo que se debe callar, y yo en estos achaques de corte histórico, me dejo llevar de impresiones, porque ahora se escribe así, de improviso y sin preparación. Por eso valemos menos los que aspiramos hoy á deleitar al público.

*
* *

Al comenzar el año de 1800, la ronda de *Pan y huevo* se había elevado á la categoría de institución benéfica.

Según dice nuestro querido «Setentón», la Edilidad de Madrid no administraba, ni se cuidaba gran cosa del bienestar de los honrados vecinos. Era frecuente ver, á las puertas de la Cárcel de corte, el cadáver de un desconocido, muerto en riña ó accidente, haciendo *pendant* á los restos de los ajusticiados, que se exponían al público al pie de la torre de Santa Cruz. Las casas, sucias é indecorosas, eran verdaderas fortalezas para evitar asaltos á mano armada. En cuanto al tránsito por las calles, una temeridad era emprenderlo de noche sin guía ni litera, sin espadín ó puñal, porque abundaban los encuentros con gente maleante, no alumbraban los mugrientos farolillos, colocados á trechos kilométricos, y se daba de bruces, muy fácilmente, con los montones de basura fermentada,

que la policía urbana mandaba hacinar en medio del arroyo, para que los barrenderos la recogiesen dos veces por semana.

Y, sin embargo, al decir de los optimistas de coleta empolvada, Madrid fué por aquel entonces un pueblo inmejorable. Ocurría un incendio, y en seguida desaparecía una manzana de casas, porque sólo había para combatir el voraz elemento las jeringas de la Villa, inútiles casi siempre para todo servicio; llovía un poco fuerte, y el tránsito público se interrumpía, porque las calles eran ríos navegables con pontones y zancos: salía á tomar el sol, en las Gradadas de San Felipe, uno de los mil huéspedes trasnochados de las posadas secretas, y si no llegaba á tiempo para llenar la cazuela con la sopa de los conventos, caía desfallecido, pues ya sabemos que la olla del pupilaje doméstico no cumplía el santo fin de dar de comer al hambriento.

Se moría, pues, de hambre en este pueblo culto, donde, sin embargo, había, según el cronista Fernández de Oviedo, de todo lo que es menester para alimentar la vida humana, excepto *pescado fresco*. ¡Qué extraño que la ronda de *Pan y huevo* fuese por los años de 1800 la Providencia de los infelices extenuados en la penitencia y ayuno de las posadas secretas!

V

En el registro de aposento, que empezó en 1625, se hace mención de siete casas que poseyó Don Agustín Moreto, padre del autor dramático, en la calle de San Miguel, entrando por la de Hortaleza y volviendo á la del Clavel. En una de estas casas, de pobre aspecto y de escaso valor, ó en la inmediata de la calle de la Reina, habitó á principios del siglo, el Príncipe de Macerano, y durante la dominación francesa, el general Abel Hugo, marqués de Cogolludo por la majestad de Pepe Botella, y padre del eminente autor de *Nuestra Señora de París*, el celeberrimo Víctor Hugo. Esta casa no deja de tener celebridad histórica, porque en ella estuvo más tarde la fonda de *Genyeis*; en ella habitaron el inmortal maestro Joaquín *Rossini* y su admirador y amigo el marqués de las Marismas, Don Alejandro *Aguado*, y en ella echaron *canas* al... cielo raso, los primeros escritores aprendices de la bohemia romántica española.

Junto á la misma casa, ó tal vez en la misma (dicho sea con permiso de Don Ramón), habitó la condesa de *Faruco*, hermosa dama de la corte de Bonaparte, distinguida por su elegancia y buen tono, y festejada en las tertulias de

los afrancesados de calidad. Esta señora fué madre de otra notabilidad no menos célebre, la condesa de *Merlín*, conocida en el mundo literario por sus novelas sentimentales.

Durante el tiempo en que el general Junot fué gobernador de Madrid, con el título de duque de Abrantes, habitó esta casa con su esposa, la distinguida escritora del mismo título.

No dicen las crónicas si el trato de huéspedes tan realzados fué una excepción del sistema seguido en las posadas secretas; pero, teniendo en cuenta nuestro carácter, se debe suponer que sería igual, con corta diferencia, porque no abdicamos fácilmente de nuestras costumbres, y entonces imperaban con absoluto dominio, en las mesas mejor servidas, el estofado de toro estoqueado, la chanfaina de cordeiro y la menestra nacional de callos y caracoles.

*
**

Desde el año 1812, en que se hicieron notar estos hospedajes, hasta 1840, poca novedad hubo en el modo de vivir de las clases altas y bajas de nuestro histórico Madrid. No alteraron en esencia la tradición mendicante de las posadas secretas, los usos libres, y si se quiere groseros, del *Parador de la Higuera*, fotografiado (aunque á la sazón ni se había inventa-

do el daguerreotipo) por el famosísimo *Curioso Parlante*; ni las escenas galantes, que no misteriosas, de la renombrada *Posada de Zaragoza*, en la calle Ancha de Peligros, hoy de Sevilla; ni el mundo nuevo del viejísimo *Mesón del Peine*, en la calle de Postas; ni la *Posada del Dragón*, en la Cava Baja, que continúa albergando choriceros extremeños, singularmente á los que traen jamones de Montánchez y embutidos del Cabo (esta posada tiene por paredes parte de la antigua muralla de Madrid, hoy derribada para abrir la calle del Almendro); ni la de la *Encomienda*, jolgorio regocijado de taco redondo de los melocotoneros de Campiel; ni la del *Maragato*, en la calle de Segovia, oliendo á escabeche; ni la del *Rincón*, en la de Alcalá; ni el *Parador de San Bruno*, junto á la hospedería del mismo nombre, y que fué notable por la hermosa, admirada y perfecta imagen del Santo, que brilló en una hornacina hasta que la piqueta reformista la relegó al Museo de la Academia; ni la *Posada del Caballo Blanco*, en el Caballero de Gracia, donde estuvo la tienda del comerciante señor Bach; ni la *Fonda de los Leones de Oro*, en la calle del Carmen, esquina al Postigo de San Martín, hoy plaza del Callao; ni la de *Perona*, tan renombrada por haber sido fonda muy popular, y á

la vez casa de huéspedes; ni... El catálogo completo sería difuso y poco instructivo; además exige conocimientos especiales de topografía urbana, que no poseo.

Baste decir que hasta el advenimiento de la *Vizcaina*, con su casa de huéspedes, tipo de limpieza, de economía y de buena mesa, Madrid no tuvo verdaderamente hospedaje digno que ofrecer á nacionales y extranjeros. Fué aquella ama de casa una madre de familia, conocedora de las necesidades de toda clase de huéspedes, y atenta siempre á satisfacerlas con gran solicitud y cariño. El éxito alcanzado fué grande; la emulación se excitó poderosamente, y entre centenares de escondites anónimos, donde se daba un menguado cocido y principio por 14 reales y mucho menos, hubo bastantes casas de huéspedes que consiguieron fijar la atención del público.

Las doncellas de labor de las casas grandes, las cocineras jubiladas y los ayudas de cámara, al tomar estado civil, lo primero que hacían era abrir, con el producto de sus ahorros, una casa de huéspedes. Y no les fué mal en los primeros años; pero el lujo invasor, abriendo poco á poco nuevos horizontes á la movilidad social, levantó hoteles á la francesa, como los de *París, Rusia, Embajadores, La Paz, Francia,*

Universo, Cuatro Naciones, Italianos, el Inglés, etc., y fué de buen tono dejar los mundos, las maletas, el nombre y las onzas en los registros de las fondas. En consecuencia, las casas de huéspedes se vieron obligadas á tocar fagina; unas se refundieron, con el nombre de hotel, en edificios de vecindad, y otras persistieron en mantener viva la tradición sopista, vergonzante y familiar de las antiguas posadas secretas.

Cambio tan radical no ha sido efecto de Reales decretos, como intentó serlo en el reinado de Carlos III, sino del progreso de las costumbres, de la verdadera cultura, relacionada con las comodidades de la vida y del bienestar mayor que han adquirido todas las clases.

RICARDO SEPÚLVEDA.



ESTILOS.

(BUSTILLO)

Bautizado en San Lorenzo,
vive en sus alrededores,
y aunque le dieron sus padres,
como es natural, un nombre,
nadie de los que le tratan
por su nombre lo conoce,
que no en balde no sé quién
le puso *El Chirlo* de mote.

No hay una *bronca* en el barrio
en que él su parte no tome,
ni hay chulo que no le tema,
ni chula que no le abone.

Y así como en el trabajo
fué siempre holgazán y torpe,
pasa por una eminencia
en esos sitios en donde

la honradez es un estorbo
y la moral se corrompe...
Y aunque demuestra en su traje

los malos tiempos que corren,
 él se gasta cinco duros
 en copas, cuando se pone.
 Y como siempre hay alguna
 que de su *aquel* se enamore,
 lo de menos es que sea
 guapa, fea, vieja ó joven,
 con tal que sepa ganar
 lo que él, sin ganar, se come.

Así se pasa la vida
 entre chulas y matones,
 desde que yo no sé quién
 le puso *El Chirlo* de mote...

.....

(ANSORENA)

¡Cuántas cosas me ha dicho, cielo santo!
 Como me hablaba y me apretaba tanto,
 yo no sé si fué el baile, ó fué su boca,
 lo que puedo decir es que me espanto
 sólo de recordar si estuve loca.

Tal vez fuera ilusión, pero jurara
 que en una de las vueltas he sentido
 temblar sus labios al rozar mi cara:
 tal vez fuera ilusión; si así no ha sido,
 no debí tolerar que me besara.

Yo tal descaro consentir no puedo
 mientras no apure del amor las heces...
 (dice con turbación, y es porque á veces
 lo que más las agrada, las da miedo.)

Tal vez fuera ilusión;—de nuevo exclama,—
 aunque después de todo, yo no creo
 que me debo ofender, porque él no es feo,
 y he leído en sus ojos que me ama;
 por cierto que me dijo que se llama
 ¿cómo, cómo me dijo? ¡ah sí! *Tadeo*.

Acu diré á la cita que me ha dado,
 pero aunque de su triunfo muy seguro
 pretenda renovar aquél pecado,
 no volverá á besarme, se lo juro.

.....

Dios me perdonará, mas hoy ha sido
 con mi consentimiento.
 Él ha estado, en verdad, muy atrevido,
 aunque al ir á la cita, era sabido
 que había de olvidar mi juramento.

(PÉREZ ZÚÑIGA)

Un amigo que tengo en Briónes,
 otro amigo que tengo en Motril,
 y un muchacho que está en relaciones
 con una sobrina de un guardia civil:

un cartero que llaman Elías,
 su padre, su tío, su primo carnal,
 y otro Elías que tiene seis tías
 y á todas les falta la espina dorsal:
 un teniente que está retirado,
 dos sobrinos del juez de Morón
 y un tal López que ha sido empleado
 de no sé qué «Centro» ni qué «Dirección»:
 cinco hermanos, llamados Benito,
 Serapio, Raimundo, Mateo y Andrés...
 todos estos y más que no cito,
se cortan el pelo dos veces al mes.

(LÓPEZ SILVA)

Mira, yo no puedo ver
 los hombres que se *ajumeran*
 en cuanto beben dos tintas
 y arman una escandalera
 por nada ¿te has enterado?
 pero que si el caso llega,
 le comprometen á uno;
 porque yo cuando se tercia
 ir con dos ó tres amigos
 cualquier domingo de juerga,
 me bebo, es un supongamos
 cincuenta copas que sean,
 es decirte que me pongo

á beber con cualisquiera
 tratándose de alternar,
 pero como yo comprenda
 que el morapio, verbo y gracia
 se me sube á la cabeza,
 le digo yo mu sereno
 al *sunsun córdis* que sea,
 «otro talla» y me las piro,
 pero es á dormir la siesta;
 y eso es lo que hacen los hombres
 de *dignidáz* y virgüenza.

Y si, como es consiguiente,
 me da por ponerme *pelma*,
 pues doy la lata en mi casa,
 y allí ni Cristo se entera.

MIGUEL PÉREZ URRIA.

CARTA ABIERTA.

AL SEÑOR DON RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.



ÚN estaba yo, distinguido y estimado señor, en los albores de la infancia, cuando lei un precioso articulito literario, creo que en un periódico destinado á la niñez: se llamaba *Una carta á la Virgen*. Una pequeña de siete años refería en un pedazo de papel ordinario, y con la letra gruesa é informe de quién aún hace palotes, todas las miserias de su vida á la Soberana Reina de los cielos; y pensando, con lógica superior á su edad, que el cepillo de los pobres, colgado en la vetusta pared del templo, sería sin duda el buzón donde se ponían las cartas para el cielo, echó allí la suya, que por la mañana halló el párroco y llevó á la niña, de parte de la Virgen, una cantidad de dinero para su pobre madre, viuda, y una linda cestita llena de dulces para ella.

Si, como creo, los que ya han abandonado esta tierra de dolor saben todo lo que en ella pasa, debe usted decir en este momento, con aquella viveza é ingenio que rebosan en sus escritos:—¿á donde querrá venir á parar ésta con su exhordio? Y habiendo yo dado tantas pruebas de erudición ¿cómo puede pensar que no conozco la linda leyendita que me da como cosa nueva?—¡Ah! ¡mi estimado señor Don Ramón! ya me figuraba yo que no le decía nada nuevo, y solo es un simil el que he querido emplear! Así como la niña contaba en su carta á la Virgen las penas de su madre y las suyas propias, yo quiero contar á usted en estos renglones lo mucho, muchísimo que he sentido el no poder ver á usted, conocerle y hablarle: porque el peregrino ingenio de usted ha tenido siempre en mí una entasiasta admiradora. Mil veces al oírme decir diferentes amigos cuánto deseaba conocer á usted personalmente, se han ofrecido á presentarme; pero algo sobrecogida por la culta causticidad de sus artículos, siempre lo dejaba *para otro día*, creyendo que usted había de ser inmortal, como lo son sus obras. Y así llegó la muerte, y así dejó usted este mundo, donde aún habito yo, aceptando la pesada cruz de la vida, como satisfacción de las faltas que en la mía haya podido cometer.

Aquí, mi distinguido señor, todo está, no como usted lo dejó sino un poco peor: el fuerte tortura al débil, y puede usted suponer cómo estaremos los desheredados. Sus preciosísimos artículos *El día treinta del mes*, *Las casas por dentro*, *La empleomanía* y *La calle de Toledo*, no han envejecido, sino que sirven lo mismo para hoy que para cuando se escribieron, lo que prueba el dón de sagaz observación que usted poseía. Aquel valor moral con que fustigaba con tanta gracia como poco ensañamiento, es de todas las épocas, porque posee la eterna juventud de un ingenio fresco y brillante, deleitoso siempre para quien lee lo que la ilustre pluma de usted ha producido.

He tenido siempre la persuasión de que los muertos que hemos amado, nos ven y nos oyen; será quizás porque yo amo más allá de la muerte, por lo que está arraigada en mi alma esta creencia, consuelo de los que hemos perdido todos los amores de la tierra; pero si desapareciera esta ilusión consoladora, creo que no podría vivir. Porque yo hablo con mis muertos, y les cuento mis penas, y les digo cuánto anhelo volverlos á ver en esas regiones donde no hay sombras, porque la luz es eterna, y donde no llegan las dolorosas mezquindades de la tierra; en esa mansión donde usted debe

hallarse, porque á no dudarlo, tuvo en vida una gran rectitud de conciencia y una gran elevación de sentimientos, cosas ambas que aquí se estiman en poco, pero que á los ojos del que lee en todos los pliegues del corazón encierran un valor inmenso.

¿Hay, mi querido señor, en esos apartados países, más serenidad para el espíritu, más fuerza para soportar las penas, más justicia para todos, más amor y más perdon? Espero que sí, porque *aquí* el feroz egoismo nos aniquila y nos ahoga; aquí la opulencia y el favor lo son todo, y la virtud, el sufrimiento y la dignidad se olvidan y se desprecian y no quiero seguir, porque pienso que nada le digo de nuevo. Apesar de la placidez de los escritos de usted, creo ver que ha sufrido, porque su clarísimo talento le hacía ver todos los defectos de la humanidad, todas sus flaquezas y ridiculeces.

¡Qué hermoso es el artículo titulado *El sombrero y la mantilla!* ¡Qué profundo *El extranjero en su patria!* ¡Qué bien pensado el que se llama *Los aires del lugar!* ¡Qué regocijado y gracioso *El amante corto de vista!*... Y cómo ensancha el ánimo y cómo calma la tormenta interior que á todos los tristes hijos de este siglo nos agita, la lectura de esas páginas

tan llenas de naturalidad que usted ha escrito!

No era la imaginación de usted enferma y calenturienta, sino sana y equilibrada con una robusta razón; nada de extraordinario, nada de siniestro retrata en sus bellos y acabadísimos cuadros de costumbres, y al leerlos, parece que mi pensamiento, cansado de exajeraciones literarias y de cuadros terroríficos, halla un poco del tranquilo ambiente de la casa paternal, y mucho de aquellas dulces veladas en familia, que ya para siempre han desaparecido, y cuyo recuerdo hay que ir á buscar en las ESCENAS MATRITENSES que usted ha dibujado con su inimitable pluma.

Quisiera expresar á usted lo que me gustan y entretienen *Los paletos en Madrid*, pintura gráfica y animadísima de los ladinos lugareños. ¡Qué *proclama* la de Aldonza, la irascible madre de Braulio y de Felicianal ¡qué tirada de verdades sale de su boca! En fin, mi distinguido señor, fuerza será que me permita ahora decirle lo que no me fué posible expresarle cuando habitaba usted este triste planeta: que sus deliciosos escritos recrean el ánimo, y si no hacen sentir las desgarradoras emociones de moda, hoy que en realidad se siente muy poco, entretienen de una manera muy agradable y nos llevan á una época cuyo ambiente, con

todos sus vicios y defectos, era mucho más puro que el de la nuestra, sobre todo por la benéfica y augusta fe religiosa, hoy reemplazada por el más desolado indiferentismo, ó por la duda más angustiosa.

Una ó dos veces al pasar usted y yo por la misma calle, me ha dicho alguna persona que me acompañaba:—Ese señor es don Ramón de Mesonero Romanos, el madrileño más amante de Madrid: también he visto algún retrato de usted, y cuando luego he podido leer su «Panorama Matritense,» encontré gran analogía entre sus escritos y la fisonomía, cuyo recuerdo guardo en el fondo de mi memoria: la mirada viva y penetrante, la boca de finos labios, la frente abovedada y ancha; todo responde á la penetrante facultad de observación, al ingenio y viveza de EL CURIOSO PARLANTE.

Usted, señor, que ha sido uno de los hombres ilustres de mi patria y cuya memoria es impecedera, no sienta haber dejado este mundo, que ya no le merecía, y alcance para mí del que todo lo puede, que me lleve á comarcas más serenas y más tranquilas; ignoro en qué se apoya la convicción que tengo de que si usted me hubiera conocido acá abajo, me hubiera estimado, y espero que esta creencia mía se

confirmará, concediéndome usted el favor que le pido.

No es su nombre de usted ni el recuerdo de su talento para olvidados; pero ya sabrá usted desde AHÍ, donde todo se sabe, que yo soy quien más venera y glorifica su memoria, porque yo no sé olvidar, y cuando amo una vez es para siempre. Desde niña fueron sus artículos de costumbres mi recreo más sabroso, y para leerlos olvidaba muñecas y juguetes; esto hubiera querido decirle en vida, y me causa gran pena no haberlo hecho; y esta pena se la cuento en la presente carta, como la pobre infantil campesina contaba las suyas á la Reina del cielo.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Madrid, Marzo de 1889.



* * *

EN las ciencias hay dos extremos que se tocan: ó la extrema ignorancia, ó la extrema sabiduría de que es capaz el hombre.

Los ignorantes y los sabios forman la parte seria, mientras que las pretenciosas medianías constituyen la parte bufa de la eterna comedia de la vida. (1)

ISAAC PERAL.

San Fernando, 5 de Abril de 1889.

(1) Con este *pensamiento* se dignó enviarnos su autor una afectuosa carta, de la cual hemos de permitirnos copiar el siguiente párrafo, por la alusión que contiene respecto al CURIOSO PARLANTE.—«Aplaudo,—dice,—de todas veras el propósito que usted me anuncia y que le honra á usted en extremo, y si me decido á cooperar humildemente en tan plausible obra, es no solo por apoyar sus nobles impulsos, sino por la satisfacción de rendir público tributo de admiración á D. Ramón de Mesonero Romanos, cuyo nombre es honra y gloria de España.»
S. L. A.

* * *



Madrid debe á Mesonero Romanos sus mejoras. Cuando la deliciosa pluma de D. Ramón iba señalando las fealdades de la coronada villa, muy leal y muy heróica, pero muy vieja y muy súa en aquella época, surgían bajo el encanto de su iniciativa reformas que la embellecían, como si el CURIOSO PARLANTE hubiese tenido el mágico poder de transformar lo caduco en moderno y en distinguido lo vulgar.

La literatura le debe también más que un género, una enseñanza perenne y fecunda: en sus artículos de costumbres, en las descripciones que immortalizan las *Escenas* que llevan su tiempo, se encierra un interés tan real, una gracia tan culta, una sátira tan fina y una intención tan delicada, que bien pueden sus obras servir de modelo para el periodismo de todas las épocas.

Ni Madrid con darle su nombre á una calle,

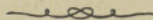
ni los literatos con dedicarle un ALBUM, le pagan su deuda.

Mesonero Romanos tiene derecho á que la nueva generación le consagre un monumento en cambio del que formó para ella la pluma egregia del CURIOSO PARLANTE.

La villa de Madrid se honraría al eternizar en el marmol ó en el bronce su gratitud, así como el periodismo español en cooperar á tan noble empresa.

PATROCINIO DE BIEDMA

Cádiz, 1889.



HOJAS SUELTAS.

Sentí sobre mis labios el aliento
de una boca de angel,
y cuando emocionado abrí los ojos
ví que quien me besaba era mi madre.

* *

Nacer para padecer,
padecer para vivir,
y luego después morir...
¡Más valiera no nacer!

* *

En un extenso campo dos ejércitos
por su rey y su patria están luchando.
Dos soldados se encuentran... se acometen,
cae uno con el pecho destrozado,
y el otro oye la voz de su conciencia
que le grita: «¡Maldito, ese es tu hermano!»

* *

He visto mil besos dar
con amor, con embeleso.
Cuál produce más exceso
no lo sabré yo afirmar:
pero puedo asegurar,
pues un sabio me lo dijo,
que es el más puro, de fijo,
de todos el más sublime,
aquel que una madre imprime
en la frente de su hijo.

* * *

Como la pura flor que de la tierra
brotar hace el Señor
y perfumes riquísimos encierra,
así es mi amor.

Con el canto que entona el pajarillo
apenas sale el sol,
canto puro, melódico y sencillo,
así es mi amor.

Como el amor que tiene toda madre
al trozo de su amante corazón,
con ese mismo amor, ¡oh, hermosa mía!
te quiero yo.

* * *

¿Qué tienes, bella joven?
¿Por qué por tu semblante
abrasadoras ruedan
las perlas lagrimales?

¿Acaso te abandona
tu idolatrado amante?
¿Le obliga su destino
de su amor á alejarse?

Responde, hermosa joven;
¿por qué dolor tan grande?
¿Por qué llanto derramas?
—¡Porque ha muerto mi madre!

ANGEL CAAMAÑO. (1)

—

(1) Director de *El Toreo Cómico*, de Madrid.—
(Nota de S. L. A.)

.....
.....
Aquel Madrid de las verbenas, de los aguadores gallegos, de los bailes de candil y de los serenos del comercio, tan pulcra y correctamente descrito por el inolvidable Mesonero Romanos, podría, arrastrado por el movimiento de progreso que agita á la moderna España, transformarse en una de las más hermosas y alegres ciudades de Europa.

¿Cómo?

Agregando á la ley electoral con que se hagan las primeras elecciones municipales de la República este artículo: «Todo el que haya sido concejal del Ayuntamiento de Madrid no puede volver á serlo.»

¡Tan perversamente han administrado este Municipio los que hasta hoy han desempeñado su Alcaldía, salvas contadísimas y por esto más honrosas excepciones!

RAMÓN CHÍES.

EL COPO.

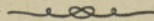
Tíñese el mar de azul y de escarlata
el sol alumbra su cristal sereno,
y circulan los peces por su seno
como ligeras góndolas de plata.

La multitud, que alegre se desata,
corre á la playa, de las ondas freno,
y el pescador, á la pereza ajeno,
la malla coge que cautiva y mata.

En torno de él la muchedumbre grita,
que alborozada sin cesar se ajita,
do quier fijando la insegura huella.

Y son portento de belleza suma,
la red, que sale de la blanca espuma,
y el pez, que tiembla prisionero en ella.

SALVADOR RUEDA.



MESONERO ROMANOS.

«... Esta admirable descripción del café del Príncipe, pertenece á Mesonero Romanos, al honrado patriota, al literato insigne é inmortal, cuyo reciente fallecimiento ha llenado de luto á las letras españolas, dejando en ellas un vacío, no ya difícil, sino imposible de llenar.

»Escritor correctísimo y fácil, y observador profundo, nadie como él ha hecho revivir á nuestros ojos el antiguo Madrid, cuyos pliegues más recónditos removi6 y expuso á la pública curiosidad con una claridad, un método y una elocuencia tan sencilla y atractiva, que sus obras constituyen ya modelos purísimos de bien decir, discreción, elegancia é ingenio; monumentos incomparables de la literatura española en el siglo XIX.

»Más de una vez aparece el nombre de Mesonero Romanos en las páginas de este libro, y á su preciosa ayuda debo datos curiosos é interesantes que derraman mucha luz sobre épocas y sucesos desconocidos.

»Las virtudes y honradez del ilustre septuagenario habrán recibido en vida mejor premio merecido.

»Sirvan estas insignificantes líneas de tributo, de gratitud y admiración tan entusiasta como modesta al ingenio del CURIOSO PARLANTE, al inmortal literato, Manzoni de los escritores españoles.»

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

(La ópera española y la música dramática en España en el siglo XIX.)

EL SERENO ⁽¹⁾

I

Hacia casi una hora
que en la madrileña corte
los relojes anunciaron,
ó mejor, dieron las once.

Se cansaban de lucir
los poco ardientes faroles,
declinando la misión
de alumbrar el horizonte
á la luna, que es la reina
y señora de la noche,
consejera y fiel amiga
de amorosos trovadores
que al pie de la reja cantan
endechas con dulce acorde.

(1) Inspirado en la *Escena Matritense* titulada
«Madrid á la luna.»

Las gentes hacía rato
que estaban en sus mansiones,
llevando alguno dormidas
tres ó cuatro horas de noche.

II

Pero no era este dormir
á todo el mundo uniforme...
Velaba en su gabinete,
dorado y lleno de adobes,
el magnate, que buscaba
manera de encontrar donde
aumentar más su fortuna:
el avaro; los ladrones:
el enfermo que contaba
en su agonía los golpes
del reloj; el jugador
viendo perder sus doblones
sobre el tapete; el poëta
que agotaba las mil dotes
de su ingenio al inventar
dramáticas situaciones
para sorprender á los
curiosos espectadores;
el centinela en su puesto;
la mujer que en los montones
de basura de las calles
buscaba un resto la pobre

del miserable festín,
contrastando con la noble
y cortesana deidad
que brillaba en los salones
de aristocrático baile
entre necios amadores;
y por fin... también velaba,
envuelto en amplio capote,
el sereno, que alternando
con el rumor de algún coche
que rápido se alejaba,
solía decir entonces
«¡las doce en punto... y sereno!»
con voz lúgubre, uniforme,
 viniendo á ser tal vigía
el concierto de la noche.

III

Como yo soy caprichoso
y observador, ocurrióme
bajo interior de poëta
cubrirme con un capote
que el sereno me prestó
y acompañarle, conforme
para estudiar de este modo
nuestra villa á media noche.
Pasamos junto á un palacio,
por cuyos amplios balcones,

de luciente resplandor,
salían grandes acordes:
eran de un noble marqués
los elegantes salones,
se oía desde la calle
confuso rumor de voces
y á la puerta se observaba
extensa fila de coches.

Pronto se vió entristecida
la fiesta, ante los horrores
de *sabatínicos carros*,
máquinas de higiene entonces
que en la perfumada sala
cambiarían los olores...

IV

Un robo, una cencerrada;
perseguir á los ladrones
y los furores calmar
de los alborotadores
que con razón ó sin ella
á uno, más viejo que joven,
por segundo matrimonio
tributaban los... *honores*.

Una mujer infeliz
que desesperada corre
á buscar la Extremaunción
para un hijo suyo: un hombre

que sin sombrero ni abrigo
(aunque era fría la noche)
va en busca de un comadrón.

¡Dichoso mundo! ¡Por dónde
fueron á hallarse, corriendo,
la que busca al sacerdote
por santificar la muerte
y el que va con ansia noble
en busca de uno que ayude
á un nacimiento!... Se oyen
pitos y voces de alarma...
Es un incendio!.. ya corren
los bomberos de la villa,
ansiosos de que se otorgue
premio al que llegue primero
calmando llamas atroces.

.....
Cansado yo de aventuras,
me quité el amplio capote,
yéndome á casa á dormir,
porque el frío tan enorme
habíame entumecido,
renunciando desde entonces
á observar las peripecias
que ocurren á media noche.

JULIO GONZÁLEZ (1).

(1) Director de *El Nuevo Intermedio*, de Barcelona —(Nota de S. L. A.)

COSAS DE MADRID.

LA ERMITA DE SAN ANTONIO.



ODESTA, humilde, simpática, con su venerable y sencillo frontís, su pórtico de piedra y su parra al costado, se yergue la solitaria ermita, próxima al río, junto á la estación del ferrocarril del Norte. Arriba, en el tejado del edificio, charla con las palomas que vienen en bandadas á posarse á los aleros una esquililla vibrante que se pirra por mover el badajo y darla de campana delante de los álamos vecinos; por dentro ostenta el templete una preciosa y dulce efigie del Santo enhiesta en el altar mayor: al fondo del diminuto presbiterio; á los lados lucen dos altarcitos más, henchidos de adornos; un coro no muy grande le sirve á la entrada de montera, y el techo se envanece con

la posesión de los preciosos frescos que allí dejó para siempre el pincel de Goya. Estos frescos del ilustre pintor aragonés son el orgullo de la ermita, que se mira en sus bóvedas con la ufania que el laborioso jornalero en el reloj que se mercó con su trabajo.

Mientras dura el invierno, la iglesita permanece desierta y solitaria: el órgano no suele sonar en su nave, y son contadas las funciones que allí se celebran: las hojas que ruedan de los árboles y van á pegar con sus quejumbrosos remolinos á los muros de la ermita, encuentran ordinariamente al sacristan tomando el sol en un poyo de la fachada, el portón cerrado y cuatro ó seis gallinas picoteando ante la casa del cura. El mal tiempo incomunica el edificio con la capital; la lluvia le transforma en un islote, y en los días crueles en que la ventisca se viene soplando de la sierra y el turbión que llega por la carretera del Pardo enloda el camino, solo saludan á la ermita con sus silbidos las locomotoras, y solo la hacen compañía los ventorros próximos, el puentecillo de enfrente y los lavaderos vecinos.

Pero la ermita tiene su noche. Pasa la mala estación: la primavera llena de frondas las alamedas de la Florida y cubre de hierba las orillas del Manzanares; entra el perfumado Junio

con su cielo azul, su atmósfera tibia y su ambiente sereno; y un día el sacristán limpia el polvo á paredes y altares, el monago festonea de luces las cornisas, saca el cura los ornamentos de gala, se le cuelga al atrio una guirnalda de farolillos de colores, y en cuanto el crepúsculo oscurece el paraje, comienza á repique-tear la esquila, llamando á los madrileños, con un voltear alegre y estrepitoso... Es que le ha llegado á la ermita su noche, la de la verbena.

Los madrileños de ley no faltan nunca á esta cita del buen tiempo, y hay que ver entonces los alrededores de la ermita. La antigua puerta de San Vicente destaca su confuso cuerpo de granito sobre la claridad del cielo, como una monstruosa boca, sin dientes, de la noche, que se abriera ansiando tragarse á la muchedumbre: los puestos de la romería, con el fulgor de las luces y los techados de lona, parecen filas de naves atracadas á la orilla del rio, que allá culebrea, abrigantado por la luna: la gente, formando un inquieto macizo de bultos negros, hormiguea por las calles de árboles, y de la penumbra sale ese hervir de marea propio de las multitudes, confundido á ratos con el estruendo de los trenes que se alejan, como si el ruido del terremoto viniera á fundirse con el rumor del oleaje: el aire huele á buñuelos y á ve-



rano, y se llena de voces y de gritos, y domi-
nándolo todo, marcando el compás de la fiesta
consu gozoso repiqueteo, haciendo los honores,
atruena la esquililla de la ermita, poblando el
espacio de campanadas.

Al día siguiente torna la retirada iglesita á
su apacible soledad, y continúa *soñando* con la
verbena venidera y nutriéndose con los recuer-
dos de la que se fué....

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



.....
La curiosidad es un defecto, y sin embargo,
tenemos dos *curiosos* gloria de España. El pri-
mero vivirá eternamente, para bien de la len-
gua castellana: abónale el inmortal Cervantes y
se llama *El Curioso Impertinente*. El segundo,
CURIOSO PARLANTE, será perpétuo monumento
de historia popular, y á él habrán de acudir cuan-
tos necesiten datos de gran valor y galas del
buen decir, sirviéndole de escudo el nombre
que, grabado en letras de oro, dice donde quie-
ra que figuran los de españoles ilustres: *Don
Ramón de Mesonero Romanos*.

JOAQUINA BALMASEDA DE GONZÁLEZ.



MAYO ⁽¹⁾

Cuando brotan las flores
del mes de Mayo,
los niños y los viejos
nos alegramos;
que en primavera
todo sonríe y canta
sobre la tierra.

El color de los campos,
verde esmeralda,
nos envía el perfume
de la esperanza.
Y en nuestro pecho
se siente de la vida
brotar el fuego.

(1) Inédita.

Cantan los ruiseñores
 en la enramada;
 y en el saliente alero
 de las ventanas,
 con fé y cariño,
 la social golondrina
 forma su nido.

Cantan las codornices
 en los sembrados,
 el triguero se mece
 sobre los tallos,
 y los sisonos
 con su extraño lenguaje
 se hablan de amores.

Las tórtolas arrullan
 en los olivos,
 cruza el aire el vencejo
 con raudos giros,
 y la calandria
 entre el cielo y la tierra
 se mece y canta.

El calor es la vida,
 la muerte el frío;
 cadáveres calientes
 jamás he visto.
 En Mayo estriba
 la juventud del año
 que nos reanima.

Por eso entre los meses
 del calendario,
 es el mes más hermoso
 el mes de Mayo.
 ¡Bendito seas!
 Porque todo florece
 cuando tú llegas...

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Mayo de 1889.

CARTA ÍNTIMA

SR. D. S. LÓPEZ ARRÓJO.



UY señor mío: Acabo de llegar de Andalucía y leo su estimable del 21 del corriente. Explíquese usted por mi ausencia mi silencio y crea que no he olvidado la oferta que hice á usted de prestar mi humilde concurso al homenaje que se proyecta rendir á la memoria del por tantos conceptos ilustre Mesonero Romanos.

Yo hubiera querido que la popular y meritoria Sociedad que indignamente presido (*El Fomento de las Artes*) tomara una parte en la obra plausible que trae usted entre manos. Mas para esto hay que meditar y proyectar la forma especial de adhesión de aquel Instituto, en el cual la idea citada ha encontrado acogida entusiasta. No podía por menos, puesto que aquel

Círculo es, quizás, donde mayor representación tiene la sociedad madrileña y donde mejor se refleja el sentido íntimo y el espíritu espontáneo de este pueblo de Madrid, cuya vida contemporánea sería absolutamente imposible de conocer sin Goya, don Ramón de la Cruz y Mesonero Romanos.

Prométome que dentro de poco se haga algo en el sentido anunciado y crea usted que apesar de mis abrumadoras ocupaciones forenses y políticas y de mi notoria incompetencia, señaladamente para ciertos trabajos literarios, tendré un gran placer, si puedo, desde la tribuna de *El Fomento*, decir algunas palabras en recuerdo y honor de aquellas tres individualidades, verdaderamente *representativas*, bajo el punto de vista social, y de merecimientos extraordinarios en el terreno del arte.

Por lo pronto, me permito ofrecer á usted mi modesta flor para la corona que proyecta poner en estos momentos sobre la tumba del CURIOSO PARLANTE.

Dígnese admitirla por la intención que supone.

De usted afectísimo seguro servidor y amigo, Q. B. S. M.

RAFAEL M. DE LABRA.

Mayo 24, 1889.

LA COMEDIA CASERA

«Señores (saltamos todos) no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema: todos se ayudan recíprocamente, y la comedia *la sacan* que no hay más que ver...»

R. MESONERO ROMANOS.
(*Escenas Matritenses.*)

Todo lo había dispuesto doña Casiana con un orden y aseo admirables.

El *niño*—Luisín—que debía ayudarla, solo sirvió de estorbo, por lo cual se le mandó á la escuela, contra lo que estaba decretado.

Quedaba Rosita, la *niña* de veinte abriles, por quien se daban las reuniones y *se hacían* las comedias.

Pero ella no podía ayudar á su madre, porque bastante trabajo tenía con el «arreglo» del vestido azul que había de ponerse aquella noche.

Los arreglos de Rosita se parecían á los de Pina Domínguez, que de tres actos de una comedia francesa hace una pieza española.

Ella, de tres vestidos viejos hacía uno, que ni su madre lo conocía.

¿Que las faldas de uno estaban inservibles? Pues aprovechaba las mangas de aquél y las faldas del otro... ó de otros.

En la tintorería se encargaban de *uniformar* los distintos trozos con el color elegido por la señorita.

El arreglo de aquel día era azul.

Por supuesto, el color que peor *la iba*, como decía doña Servanda, la amiga *más íntima* de la casa.

Aunque era difícil encontrar color que fuera bien á aquella cara, pues Rosita la tenía de acelga. Y no digo de pocos amigos, porque eran muchos los que asistían á sus reuniones; pero se comprende que había de recibirlos con *mala cara*, puesto que no la tenía buena.

Por esto la pobre no encontraba quien la pretendiera por su *bella cara*, habiendo llegado completamente virgen á la anunciada edad de veinte años.

La buena de doña Casiana estaba alarmada ante la probabilidad de que la *soltería* de su hija fuese eterna. Y no perdonaba gasto ni sacrifi-

cio alguno para atraer concurrencia á su coliseo, digno émulo del que, con mano maestra, nos pintó MESONERO ROMANOS en el artículo cuyo título es el que sirve á este.

En casa de mi señora, como en el teatro de aquella sociedad, se armaba la de Dios es Cristo cada vez que *se mudaba* la obra. Y los ensayos daban lugar á acaloradas disputas.

Entre *ellas* no había quién quisiera hacer los papeles de criada. Lo que decía doña Servanda: «¡mi hija no quiere ser doncella!»

Este deseo—natural hasta cierto punto—obligaba á hacer algunas modificaciones en las comedias, operación difícil encargada á Ricardito, que hacía en ellas grandes recortes y las ponía como nuevas... ¡enteramente! Porque no sólo transformaba en criados á las criadas, sino que suprimía á las suegras, lo cual agradecían casi todos los galanes.

¡Tampoco se atrevían las damas con los papeles *de edad*! Así es que pagaba culpas ejenas un joven de Manresa, á quien vestían de «señora mayor» en las funciones donde era imposible de todo punto suprimir la suegra.

También, á lo mejor, se cortaban algunas relaciones que por lo interminables eran difíciles de retener en la memoria. De modo que sucedió alguna vez lo siguiente: ir á describir la si-

tuación de un castillo feudal y quedarse el actor á mitad del camino, esto es, á media descripción.

En otras ocasiones se cortaban los versos de la obra, con el objeto de que un actor no dijera más que otro. Así todos hablaban por igual, sin contar los espectadores, que hablaban más de lo regular y las *espectadoras*, que lo hacían por los codos.

De tales abusos no hacía caso doña Casiana, y las disputas era lo que menos la importaba: ella lo que procuraba era que algún galán enamorado cargase con Rosita, y por eso cuidaba de que en las representaciones hiciese su hija *las damas* jóvenes, con el fin de que se trocara en realidad el amor que la fingían los galanes en las tablas.

No conseguía su objeto, pero no desesperaba, siguiendo constante en la tarea de recibir á los *amigos de confianza*, por más que á cada función se presentaban nuevos invitados á sustituir á los que por resentimientos naturales abandonaban para siempre aquel teatro casero.

.....
Aquella tarde, mientras Rosita hacía el arreglo consabido, su madre se entretenía en otro: en el arreglo del *tinglado*, como lo llamaba ella.

Algunas tablas habían sucumbido al peso de don Bruno, un solterón de cuarenta cumplidos, muy gordo y muy alto, pero *muy aficionado*, y que se prestó gustoso á hacer *todos los barbas* y... todas las barbaridades.

Doña Casiana cogió las tablas y las clavó en su sitio: después cosió las bambalinas y un transparente que servía de bosque, porque había pintados en él varios pinos y un alcornoque, símbolo de la compañía.

Casi á un mismo tiempo terminaron su trabajo madre é hija, y se mandó á buscar á Luisín, que salió de la escuela como sale un toro del chiquero, pues después de varias embestidas en la calle á la criada, se coló en su casa dispuesto á marear á medio mundo.

—¡Ea, á comer en un salto!—dijo doña Casiana—que van á venir los invitados.

—¿En un salto?—contestó Luisín,—¡pues allá voy!

Y le dió tan grande que cayó sobre la mesa, rompiendo cuatro platos, una fuente y dos copas, algunos de cuyos cristales se clavó en la frente, mientras de sus manos chorreaba sangre en abundancia y gruesas lágrimas de sus mejillas. A esto se unieron los llantos materno y fraternal, y las congojas de los vecinos que acudieron solícitos á prestar los primeros cuida-

dos á la familia. Al chico se le metió en cama y se le arrancaron los cristales incrustados: á las mujeres se las dió agua de azahar. La criada lo sentía... pero no podía llorar.

En esto llegaba la hora de la función, que en concepto de don Facundo.—vecino *de abajo*, á quien molestaban las tertulias,—debía suspenderse, dada la gravedad del niño que él cuidó de pintar con negros colores.

Otro afirmó que no había gravedad, pero que de todos modos la función debía suspenderse.

Doña Casiana encargó á su hija la redacción de un cartel, en que se anunciara la suspensión.

—No se molesten,—dijo la niña del entre-suelo, que se las echaba de poetisa,—ustedes no están ahora para estas cosas: ya lo haré yo.

Al poco rato comparecía con un anuncio, que la señora mandó colocar en la puerta del piso. Decía así:

Señores

*Oy no puede rrepresentarse
por qe el Nino está
mu y Malo.*

Llegó la hora y ¡aquí fué Troya!

La puerta estaba cerrada y pegado por la parte exterior el anuncio.

Los primeros no se atrevieron á llamar, y esperaron en el *descanso* de la escalera, donde poco á poco se fueron reuniendo todos los asíduos concurrentes.

A la media hora se oyó un coro que cantaba:

¡Mú, mú, mú!

¡y, y, y, maloooo!

Luego cambiaba la letra, y decían los cantantes:

¡Obriú, obriú!

que volem entrá!!

Salió la criada y abrió la puerta, con ánimo de decir que no se recibía; pero los invitados no la dejaron pronunciar palabra y asaltaron el salón, encendieron la lámpara y ocuparon las sillas.

Algunos,—don Bruno al frente,—subieron al escenario y bailaron la *chilindrina*. El tablado se desplomó y los clavos que con tanto cuidado pusiera doña Casiana se quedaron en la rodilla de don Bruno, que cayó de bruces.

Un jóven que se presentaba allí por primera vez, echó mano á la llave del contador y dejó la casa á oscuras.

Todos se dirigieron á la habitación del NINO, donde ardía luz de esperma, y allí empezaron á increpar á las *señoras de la casa*, diciéndolas que aquello era una farsa indigna, que no ha-

bía tal enfermedad ni tales carneros y *que tal y que cual*.

Luisín, mientras, lloraba á más no poder.

—¡Que se vaya don Bruto!— decía á voces dirigiéndose al contuso don Bruno, quien, por su parte, maldecía la hora en que había conocido á aquella familia.

Ricardito se levantó entonces sobre la cómoda y habló en estos ó parecidos términos: —Señores, hemos sido vilmente engañados: de esta casa nos arrojan *por modo indirecto* y nosotros, que somos caballeros...

—¡Yo no!—interrumpió doña Servanda.

—No podemos consentir tal ultraje. ¡Ahora salgamos! Pero ya llegará el día de nuestra venganza.

El tono dramático en que pronunció Ricardo estas frases conmovieron al alborotado auditorio, que siguió al joven orador hasta la puerta, de la que arrancaron el anuncio, haciendo con él un auto de fe.

Antes de cerrar la puerta prorrumpía cada cual en un grito.

—¡Embusteros!—¡No somos chinos nosotros!—¿El niño malo?—La mala es usted.—¡Adiós, Casiana!—¡Que se alivie usted, que el niño no lo necesita!—Ya *en* sabes de hacer comedias!—¡¡*Farsanta!*!—¡Engaña bobos!

Nadie quiso creer en la catástrofe ocurrida. Todos imaginaban que la señora no quería *dar más comedias*.

.....
Había pasado una hora. Luisín estaba relativamente mejor. Rosita contemplaba su vestido azul.

Sonó el timbre y entraron doña Ramona Cerezo y su hija—á quien llamaban *la Cereza*—que solían llegar siémpre á media función.

—¡Ah!—exclamaron ante la soledad reinante en aquella casa;—¿se acabó ya la comedia? ¿qué tal *la han sacado*?

—¡De ninguna manera!—respondió doña Casiana. En cambio á nosotras sí que nos han sacado...

—¡Cómo!

—¡¡Nos han sacado de quicio!!

Y refirió lo sucedido.

JUAN DE LA CRUZ FERRER (1)

Barcelona, Abril de 1889.

(1) El señor Ferrer, redactor y á la sazón Director interino de *La Semana Cómica*, de Barcelona, ha sido nombrado CRONISTA de la «Exposición flotante,» patrocinada por el patriota Duque de Viana.—(N. de S. L. A.)

EN EL SÉPTIMO ANIVERSARIO
DE LA MUERTE DEL INSIGNE ESCRITOR
D. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

Cuando las cosas que pasan
en esta capital veo,
y los farsantes que bullen
y lo que les luce el pelo,
y lo que gozan los malos
y lo que sufren los buenos,
lo mal que el humilde vive,
lo bien que vive el soberbio,
siempre me acuerdo con pena
de aquel escritor, y pienso
«¡cuánta falta hace en la corte
un *don Ramón Mesonero!*»

La villa más insalubre
es ésta del Universo,
y no hay en otra ninguna
más enfermos ni más muertos.

Comemos basura todos
y respiramos veneno,
y bebemos... nadie puede
acertar lo que bebemos.

El pobre no tiene amparo
y en los establecimientos
donde le meten, le tratan
como no se trata á un perro.

Sin duda los que administran
los intereses del pueblo,
piensan que es, quien no ha sabido
hacerse rico, un jumento.

Cuando veo tanto abuso,
del gran escritor me acuerdo,
y digo que hace gran falta
un *don Ramón Mesonero*.

Con exactitud que asombra,
la sociedad de su tiempo
pintó de mano maestra
y con sin igual gracejo.

Y hoy, que aquellos mismos vicios
bastante agravados vemos,
modas más exajeradas
y más punibles excesos,
y triunfante el necio osado
y arrinconado el modesto,
y envilecida la escena
por cómicos y autorzuelos,

al *Cronista* de la villa
con pena y placer recuerdo;
pues para pintar fielmente
los hombres y los sucesos
de estos días, hace falta
un *don Ramón Mesonero*,
que con el arma invencible
de su poderoso ingénio
arremeta contra tantos
personajillos grotescos,
contra tanto badulaque
y contra tanto perverso.

Mas ¡ay! para siempre mudo,
quien habló siempre discreto,
siempre oportuno y prudente,
siempre sensato y risueño,
no se llenará el vacío
que nos dejó el gran maestro,
y en vano es pedir que nazca
un *don Ramón Mesonero*...

CARLOS FRONTAURA.

TRES CUADROS NATURALISTAS

.....
.....
Todos conocen al autor de *L'Assommoir*; todos han saludado á MESONERO ROMANOS, el *Curioso Parlante* de las *Escenas Matritenses*; todos han podido apreciar las intencionadas obras de Daudet, el que relató las aventuras de *El Nabab* y nos contó las cuitas de *Los reyes en el destierro*.

Estos tres escritores, en quienes la realidad encontró notables intérpretes, parecen haberse puesto de acuerdo para tratar un asunto que exige honda observación, pluma segura y pensamiento analizador y humano. Zola escribió *La muerte del rico*; Daudet, «*La muerte del duque M***»; MESONERO ROMANOS, *La noche de vela*. La exposición de estos tres cuadros es el objeto de este ligero estudio; comenzaré por el

de Emilio Zola, que está, como todos los suyos, lleno de color y de contrastes.

El conde de Verteuil es un rico á la moda; ha brillado en el mundo de los nobles, de los sábios y de los políticos, y tiene por esposa á una linda rubia de formas redondas y de piel blanca. Cada cual de los cónyuges vive en su círculo, aunque unidos aparentemente por los lazos de la conveniencia. «Son dos buenos amigos egoistas, que aparecen enamorados ante el mundo y reciben *intimos* en sus respectivas habitaciones.»

Cierta noche en que la condesa vuelve de un baile, dícenla que el conde se halla indispuerto; pero como ella está cansada y soñolienta, acuéstase sin verle, encargando que la despierten á las diez, hora en que debe llegar su modista.

Al día siguiente permanece el conde en cama, y la esposa se cree obligada á visitar ceremoniosamente al esposo. Este empeora: una segunda visita sigue á largo espacio á la primera, y como la linda rubia tiene sus ocupaciones apremiantes y perentorias, apenas se ofrece á ocupar la cabecera. «El enfermo no pára mientes en ello; siente esa amarga alegría del egoista que desea morir sin sufrir en su lecho los horrores que causa la farsa del dolor.

»Su última voluntad consiste en acabar, como hombre de mundo, sin molestar ni causar repugnancia.»

Llega el fatal momento; *los médicos han vuelto la espalda fingiendo gran pena*, y se preparan los últimos auxilios. Es hora de que se acerque la familia al lecho mortuario. El conde y la condesa tienen hijos, que, aun cuando viven lejos de sus padres, les visitan de vez en cuando, y vienen á verle morir. «La respiración del enfermo se oye en la amplia habitación como el ruido de un reloj descompuesto. ¡Es un hombre bien educado que se val! Abraza á su mujer y á sus dos hijos, les indica que se aparten, vuélvese del lado de la pared y espira.»

Después vienen todas esas faenas indispensables en las muertes del gran mundo; el embalsamamiento, el decorado de la capilla ardiente, las lujosas exéquias y el deslumbrador entierro. El féretro sale al fin ruidosamente del lujoso palacio, «y *entretanto, la condesa, reclinada en una mecedora, entretenida con los cordones de su cinturón, mira al pavimento tranquila y soñadora.*»

Terminado el largo oficio de difuntos, el cortejo se pone en marcha hacia el camposanto. Van muchos coches y en ellos se habla de

todo, menos del muerto. Sobre la fosa se leen discursos, se rezan preces, se recitan ditirambos; después «los sacerdotes bendicen el cadáver, las cuerdas del ataúd producen un ruido sordo, rechina la caja de encina... El señor conde de Verteuil está en su panteón, es decir, en su casa.»

«Y la condesa no se ha movido de la mecedora; continúa jugando con los cordones de su cinturón, entregada á pensamientos que hacen al fin recobrar el perdido color á las mejillas de tan encantadora rubia.»

Tal es el esqueleto de *La Muerte del rico* de Zola; en los detalles que pudiéramos llamar de indumentaria, el talento del autor de *Nana* ha hecho prodigios. Hay toques fríos y punzantes, y pinceladas á lo Hogart; cierto criado se guarda una cuchara en el bolsillo *para que no se rompa el orden perfecto que reina en la sala.*

Veamos ahora el lienzo de Alfonso Daudet.

Este lienzo, como el gran cuadro titulado *El Nabab*, tiene modelo conocido. Daudet no hizo más que trasladar á su cartera de «estudios y paisajes» el perfil mortuario de su antiguo Mecenas y anfitrión, el disoluto duque de M**.

El fondo de este cuadro lo forma un salón *confortable*, con su cómoda chimenea, junto á

la cual, la figura principal, que se delinea de un rasgo, busca los rayos del sol de Marzo y siente escalofríos bajo su abrigo de pieles de *renard bleu*.

Esta figura, pulcra y atildada, es la del duque de M** que dejará pronto la existencia como verdadero hombre de mundo; de un modo imprevisto, rápido, discreto. *«Sans faner une fleur dans les grands escaliers du palais, sans casser une branche aux marronniers du jardin.»*

Tosió una mañana, y los doctores le aseguraron que no tenía nada; pero la duquesa dijo-le al pasar «que se escuchaba demasiado,» y no encontrándose ágil para salir, permaneció cerca del fuego. Murmurábase ya en las antecsalas, los médicos se preocupaban seriamente. Solo el *duque* y la *duquesa* dudaban de la gravedad del mal.

«A los pocos días el delicado, el elegante duque de M**, que tenía horror á todas las miserias humanas, sobre todo á las enfermedades, sintió que hacía la primera concesión á la muerte; notóse una delgada hebra sanguinolenta que se deslizaba de su lábio á su barba, manchando su almohada con ligero tinte rojo.»

Poco después, un íntimo á quien consultó acerca de su estado, contestóle tristemente:

Malo va eso, mi pobre Augusto. En aquel mismo punto, al otro extremo del palacio, en el departamento de la duquesa, se verificaba una animada reunión de confianza: la música llegaba á su oído confusamente.

El duque se siente morir, pero como ha de acabar como hombre serio, procura no dejar rastro de sus devaneos, y quema las cartas de sus queridas. Aquellos menudos paquetes dejan tan sola una fugaz llamarada color de rosa y son á poco resíduos de fina ceniza, sin el menor perfume de tocador ni de manguito de mujer.

El palacio se desordena. Los amigos, los acreedores y los parásitos, le han tomado por asalto.

Llegado el Arzobispo de París, y cumplidas ostentosamente las exigencias postreras, el duque está en condiciones de morir... y muere.

Daudet entró en el palacio al día siguiente. El vacío se había hecho en torno del cadáver, y sin embargo, el jardín continuaba verde y frondoso y las alegrías mundanas animaban sus alrededores. En el acto del embalsamamiento se estudió el cráneo del duque; su masa encefálica pesaba mucho... mucho. «*Los periódicos de aquel tiempo dieron la cifra; pero hoy, ¿QUIÉN SE ACUERDA DE ESO?*»

Como es fácil ver, comparando éstos bocetos, una y otra pintura están tomadas desde el mismo punto de vista y casi á la misma luz. Resultan como notas desconsoladoras ó *realistas*, en una y otra descripción, las figuras de la condesa de Verteuil y de la duquesa de M**, figuras marmóreas y heladas, que ni son esposas, ni mujeres, ni siquiera seres organizados, de las cuales sería conveniente que hubiese en la vida real pocos ejemplares,

Zola, extremando la crudeza, hace que Fernando y Blanca, hijos de Verteuil, vean morir á su padre con la indiferencia más completa; Daudet se contenta con decir que la duquesa de M** se arrodilló en el dormitorio donde espiraba el duque, *con fervores de española*; Mesonero Romanos va, acaso, más lejos.

Los vínculos de familia rotos por el trato ceremonioso del gran mundo: el libertinaje naciendo de la separación de buen tono, el orden y la etiqueta incólumes hasta en los momentos supremos en que el *señor* es arrebatado por la muerte; hé aquí lo que hacen que, en el asunto de que se trata, Zola se confunda con Daudet.

Hay, sin embargo, una diferencia que aunque no coloca á Daudet, como quiere Zola, «*en ese punto exquisito que separa á la realidad de la poesía,*» sino dentro de la realidad misma, da

carácter propio y distingue á ambos trabajos á la primera ojeada. En Zola existe el detalle punzante y satírico externo, que se pone de relieve en la insustancial conversación del duelo que va en carruaje al camposanto y en el lujo aparatoso del entierro del conde; en Daudet, el detalle íntimo y profundo, que es más difícil de encontrar, pero cuya impresión es más honda, una vez descubierta; las frases de las cartas quemadas por el rico moribundo y el cuerpo embalsamado del duque, cuyo cráneo vió relleno de esponjas y cuyos sesos se depositaron en una cubeta.

Pero hablemos ya de Mesonero.

Es *La Noche de vela* una de las *Escenas matritenses* que hicieron su reputación de escritor intencionado y castizo, y relátase en ella, como en los cuadros de Zola y Daudet, la muerte de un rico.

En *La Noche de vela* el asunto es un poco más complicado, pero se abre la escena del mismo modo. Cierta condesita del Tremedal, que como el conde de Verteuil y el duque de M**, es sujeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales y su desenfadada imaginación, cae enfermo al volver de un baile. «*Todas estas dotes* (dice Mesonero, como después dijo Zola) *no le servían de nada, pues se*

hallaba preso entre vendas y ligaduras, inútil y agobiado, ni más ni menos que el último parroquiano del hospital.»

Rodeaban su lecho, su esposa, un íntimo amigo, una solterona hermana del conde, *que esperaba heredar su título*,—porque el de Tremedal no tenía hijos,—y varios parientes y allegados de la casa. El lápiz de Mesonero delinea así una de dichas figuras de primer término:

«Luego venía, en la serie de sus *veladores*, un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa, militar cortesano, cómplice en las amables calaveradas del esposo, encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal, de suplir su ausencia en el palco, en el salón, en las cabalgatas; depósito de las mútuas confianzas de ambos consortes, y mueble, en fin, como el lorito ó el galgo inglés, indispensable en toda casa principal y de buen tono.»

El sétimo día—día crítico—el facultativo de cabecera cita á junta de médicos, temeroso de la gran responsabilidad que iba á cargar sobre su única persona, y deseoso de repartirla con otros compañeros, que, cuando no á otra cosa, vinieran á atestiguar que el enfermo se había muerto con todas las reglas del arte.

La junta se celebra, y en ella los galenos hablan de todo menos de la enfermedad del

conde. Esta conversación de *La Noche de vela* es tan intencionada, por lo menos, como la del duelo que va en coche, del artículo de Zola, y es un prodigio en Mesonero de naturalidad y de gracia. En ella se describen desde las corbatas hasta los carruajes.

La familia se impacienta y uno de la parentela se decide á entreabrir la puerta del salón en que se celebra la junta para decir á la ciencia que el enfermo se agrava por momentos. La ciencia contesta «que tenga el enfermo una poquita de paciencia para morirse, que ya acordarán lo necesario.»

«Entretanto, uno de los asistentes se hace cargo del improvisado botiquín, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobremesas y veladores; clasifica con sendos rótulos la oportunidad de cada uno; da cuerda al reloj para consultarle á cada momento, y escribe un programa formal de operaciones desde la hora presente hasta la salida del sol.»

Mesonero, como Zola, se detiene en este pasaje en describir lo externo y lo insignificante, para buscar el contraste que ofrece la condesita del Tremedal, figura decorativa también en este estudio, y que se destaca por oscuro en el cuadro de *La noche de vela*. Hace notar el orden

que reina en la sala, los cuidados, no de la consorte, sino del mayordomo hacia el enfermo; se deleita, en fin, en poner de relieve que manos mercenarias é indiferentes revolvían al moribundo en su lecho y ahuecaban sus almohadas.

Después, llevando de la mano al lector fuera de la alcoba mortuoria, dice: «Entre tanto en el gabinete del jardín el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer á las señoras, aplicaba bálsamos confortantes á las sienes de la condesita, sostenía los almohadones y de paso la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretexto de evitar un acceso nervioso tenía entrambas manos fuertemente estrechadas con las suyas.»

Y aquí camina la historia á su fin.

De pronto: siéntese algo grave en la habitación del enfermo; acuden todos, llámase al médico, al confesor, al escribano. ¡Pobrecito, se ha muerto! Los hombres imponen silencio á voces; las mujeres chillan. La vieja reza un latín que no entendiera el mismo San Jerónimo. La señora se desmaya y cae redonda... en un sofá. El de Tremedal no ha muerto todavía: fué un ligero desmayo; puede hacer testamento. La ansiedad se pinta en todos los semblantes, y como el señor conde no tiene su-

cesión y se espera que su hermana herede el título, todos abandonan á la condesita consorte—incluso su galanteador—y hacen mimos á la futura condesa solterona, cuyo feo rostro está desfigurado por dolorosas muecas y contracciones.

Al cabo la puerta del gabinete se abre y aparece el notario, que ha cumplido su ministerio. Después de declarar que el conde ha muerto, manifiesta que, habiendo un hijo natural del difunto, aquél, y no su hermana ni su esposa, le habrá de heredar. Sin embargo, existe un mandato conciliatorio; se nombra á la condesita viuda *tutora y gobernadora*, y de este modo va el muerto al hoyo y vuelven á ella los favores de los circunstantes.

Preciso sería para establecer un perfecto paralelo transcribir íntegros los tres croquis literarios á que se refieren estos apuntes; pero como son conocidos de todos aquellos que tienen ciertas aficiones, supongo que basta á mi propósito lo fielmente entresacado.

Como puede observarse, la realidad está viva en los tres cuadros por el mismo lado pesimista y desconsolador. Igual en Zola, que en Daudet y Mesonero, la viuda apenas se cura del difunto y ni tiene arrebatos de esposa ni de enamorada; las personas que rodean al difunto

cumplen maquinalmente deberes de oficio y convencionalismos sociales; el vacío se hace en torno del paciente á medida que se agrava su estado; y más que del sér que espira, cuidase del ornato y de la conservación de las formas externas. Un helado medio ambiente envuelve estas tres figuras de mujer, perfumadas, rizadas, vestidas elegantemente é intencionalmente en *deshabillé*; las familias respectivas son esculturas de carne que se mueven impulsadas por el mismo resorte; la avaricia y la indiferencia.

En cambio las bellezas de detalle y los punzantes toques satíricos abundan de tal modo en las tres descripciones, que no es fácil conceder la primacia á ninguna de ellas. El contraste que ofrece el aparato externo que rodea al conde de Verteuil, con la carencia de afectos íntimos que hace el vacío en torno suyo, es en Zola verdaderamente diabólico; la pulcritud del ilustre duque de M**, rota por un hilo de baba sanguinolenta, causa en Daudet el efecto de la punta del bisturí sobre la epidermis; la conversación de los médicos del condesito del Tremedal, parte en que se detiene con malévola complacencia Mesonero Romanos, tiene algo de sarcástico y terrible, como el diálogo de los sepultureros de Hamlet.

Ahora bien, ¿quién es más naturalista de los

tres? ¿Qué puede exigirse á Mesonero Romanos que no haya prodigado á manos llenas en este trabajo, adelantándose á los dos celebrados jefes del naturalismo traspirenáico?

Si no temiéramos adelantar ideas de cierto género, diríamos que son por extremo raras las coincidencias en los trabajos que acabamos de comparar, y que no pudieron escribirse los dos primeros sin haber conocido el último. Gran campo se ofrecería al crítico en este punto, recordando la influencia del realismo español en la escuela literaria francesa, desde las imitaciones ó latrocinios de Lesage hasta la época presente. Pero como tal trabajo pediría criterio más seguro y mayor detenimiento, dejo tan árdua empresa á plumas mejor cortadas.

B. MÁS Y PRAT.

Á LA MEMORIA DE MESONERO ROMANOS

DESPUÉS DE LEER SUS OBRAS

CUANDO al encontrarse el pensamiento fatigoso y estenuado con la lectura de nuestros autores contemporáneos, febrilmente inspirados por el ansia de efectos que los hace sondear las extremidades de toda monstruosidad, queremos hallar un punto de reposo en donde se adormezcan dudas, se entibien rebeliones, se calmen espasmos y se tranquilicen terrores, abrimos con veneración, no exenta de ternura, las obras de Mesonero Romanos.

¡Cuántas noches, oyendo la canturía quejosa del ciervo entre los ramajes de la arboleda, en este augusto y solemne quietismo del campo, que de tal modo invita al alma á esperar y á

creer, hemos sacado del rincón de la biblioteca donde se guardan los escogidos, los *fieles*, invulnerables al inventario de desechos, aquellos tomos escritos por el venerable SETENTÓN, para abrirlos, al amor de la lumbre, y volar con la imaginación por entre aquellas hermosas páginas, á un mundo de sencilleces, de lealtades, de casta, amena y digna literatural

¡Qué vigor tan sano, qué frescura tan lozana invadió mil veces nuestra inteligencia y nuestro corazón, cuando, después de dejar, con el hastío de una toma de hieles, ese libro modernísimo que hiere y desgarrá, que punza y enfría, que avergüenza y repugna con sus análisis de clínica anatómica, y su síntesis de desconsolador excepticismo, hemos deleitado el alma con la lectura de aquellos párrafos de aticismo culto unos, de noble realidad otros, y todos impregnados de ese sublime pudor que es la diadema más preciada del más alto de los sacerdocios, el de escritor!

¡No, nos duele, por cierto, complacer al hijo político del noble anciano, poniendo nuestra humilde firma en la corona que piensa tejer á su memoria; que ella atestigüe el sagrado reconocimiento del alma por el bien que la hizo la palabra del *sabio* y del *bueno*: dones excelsos que no todos los que escriben pueden ofrecer

al juicio de la posteridad! ¡Que estas breves frases que anteceden sean un modesto y sincero homenaje á su memoria!

En medio del rudo batallar de la vida, la lectura de sus obras y el ejemplo de su existencia, amado con la contemplación, siempre santa, de la Naturaleza, vinieron á levantar nuestra inteligencia á regiones serenas, en donde la imaginación halló nuevos horizontes, el juicio nuevos argumentos, la fe nuevas esperanzas y la voluntad nuevos estímulos. Sus palabras llenas de noble creencia, de rigurosa verdad, de modestia no fingida, de erudición no ostentada, de poética galanura nacida al calor de purísimos sentimientos, abrieron ante nuestro espíritu fuentes vivas de luz, de entusiasmos y de ternuras.

¡Que todos los que han leído las obras de Mesonero Romanos le deban tantas horas de apacible contento, de ilustración absequible, de bondadosas ideas, como le debe su mas constante lectora

ROSARIO DE ACUÑA

Villanueva (Pinto) 1889.

EL LITERATO

DOS PÁRRAFOS DE MESONERO ROMANOS
PUESTOS EN VERSO.

«Desde que en España hay literatura, se ha venido repitiendo constantemente que en ella no puede haber literatos; y siéndolo los mismos que dicen esto, preciso será creerlos, bajo su palabra, y convenir con ellos en que el cultivo de las letras no es entre nosotros el mejor género de cultivo.

»Y á la verdad, ¿qué es un literato en nuestra España? Una planta exótica á quien ningún árbol presta su sombra; ave que pasa sin anidar; espíritu sin forma ni color; llama que se consume por alumbrar á los demás; astro, en fin, desprendido del cielo en una tierra ingrata, que no conoce su valor.»

(R. MESONERO ROMANOS).

Desde que en la pobre España
la literatura impera,

se ha venido repitiendo
constantemente, que en ella
no puede haber literatos,
—á excepción de los de pega—(1)
pero siéndolo los mismos
que pregonan tal idea,
preciso será creérlos
por su palabra sincera,
y convenir en que hoy día
el cultivo de las letras
no es el cultivo que más
entre nosotros prospera.

Y á la verdad, ¿qué es, en suma,
un literato con honra,
meramente literato,
en España? Planta exótica
á quien jamás un momento
ningún árbol presta sombra;
ave de paso, sin nido;
un espíritu sin forma;
llama que muere alumbrando

(1) Semejante excepción no ha consignado
el CURIOSO PARLANTE,
pero yo, «motu proprio,» aquí la añado
por mor del asonante.

á los demás, generosa;
un astro, en fin, desprendido
del cielo, por donde boga,
en una tierra hartó ingrata,
que su gran valor ignora...

Un cualquiera.

1889.

MISCELÁNEA

Los que gozan sin medida,
concluyen por padecer...
El gozo se consolida
cuando sabemos vencer
á la vida del placer
con el placer de la vida.

* * *

«El que al culto
se dedica
y predica
nuestra fé,
nunca olvide
que su celo
desde el cielo
Dios le vé.

»A los fieles
mucho halaga
quién propaga
la verdad.

¡Qué verdades
yo dijera,
si pudiera
predicar!

»Desde el púlpito
hablaría
y expondría
con rigor
ciertos hechos
muy morales,
esenciales
al amor.

»De ese modo
los moscones
solterones
sin piedad,
se verían
aburridos
y corridos
por demás.

»De tal suerte
las muchachas
vivarachas
sin pudor,
no se irían
marchitando,
olvidando
su misión.

»Yo con tono
muy severo
y sincero
discurrir,
sus maldades
citaría
y podría
prevenir...»

Así filosofaba
cierta señora
que en la iglesia pasaba
hora tras hora,
en tanto que sus dos jóvenes hijas,
á solas con dos viejos solterones,
se entregaban, *por mor* de las pasiones,
á pruebas de bondad harto prolijas...

* * *

De la sombra del mal, nace el pecado:
del pecado el delito...

Todo aquel que delinque, es un malvado;
 quien peca, es un maldito;
 Por más que los pecados se perdonen
 haciendo penitencia,
 cuantos de honor blasonen
 que tengan siempre limpia su conciencia.

Quien falta, es justo que dolor reciba...
 Jimen los presos, pero en vano jimen,
 pues el *reino del bien*, que en Dios estriba,
 no puede transigir, mientras Dios viva,
 con la infame *república del crimen*.

* *

Una joven, ya próxima á la muerte,
 «¡quiero vivir!» con gran pena gritaba;
 y á la par un anciano casi inerte
 «¡quiero morir!» con gran gozo exclamaba:

¿Cuál, en trance tan fuerte,
 mejor pensaba?

* *

Dios, por bien de los humanos,
 quiso que siempre vivieran
 los ingenios *soberanos*,
 aunque ya sus cuerpos fueran
 solo un montón de gusanos...

Por eso todos veneran
 á Mesonero Romanos.

S**

EL CURIOSO PARLANTE ⁽¹⁾

I



A indole del libro en que han de publicarse estos renglones, consiente, acaso pide, que se prescindiera de esa aspiración á la *personalidad* que muchos creen necesaria en la buena crítica, la cual ha de ser desapasionada, imparcial, y debe huir, como de malos consejeros, de las preferencias personales, de todo lo que pueda ser ó parecer subjetivismo.

Aquí no se trata, gracias á Dios y al asunto, de un juicio abstracto, con pretensiones de científico, sino de la impresión propia, de lo que debe el que escribe á las obras del autor, cuya memoria se venera.

Por tanto, voy á decir algo, con libertad entera, de *mi* CURIOSO PARLANTE; de lo que *para mí* fué Mesonero Romanos. Si todos los lectores hicieran lo

(1) Habiéndose recibido este trabajo después de empezada la impresión del presente *Album*, no ha sido posible consignar el nombre de su autor en la portada, con gran sentimiento nuestro.

mismo, la colección de todos los apuntes de este género sería el mejor documento para la historia literaria, que ha de escribir la posteridad; así tendría el crítico *científico*, inventado por el malogrado Hennequin, hecha la tercera parte de su trabajo...

II

Hasta cabe que empiece yo diciendo que uno de los motivos que tengo para ser admirador de Mesonero Romanos, consiste en que fué su *Panorama Matritense* uno de los libros porque aprendí á leer de corrido.

Moratin, *Mesonero* y Bretón de los Herreros son, entre los escritores españoles de nuestro siglo, los tres que acaso deben ser preferidos para recomendar su lectura á la juventud, propensa, como es natural, á enamorarse demasiado exclusivamente de los románticos y de los extranjeros.

Han pasado muchos años desde la época en que para mí fué un peligro el romanticismo atenuado de nuestra literatura española del presente siglo; pero aún recuerdo la benéfica influencia de las comedias y de los escritos críticos de Moratin, de quien fué legítimo heredero, por lo que toca á cierta política de templanza, de sentimientos, de ideas y de estilo, Bretón, hoy poco y mal estudiado en el teatro de tablas, y dentro de ciertos límites, Mesonero, en el teatro del mundo.

Como no estamos obligados á adular, ni siquiera

en ocasiones como ésta, diré que, en mi opinión, EL CURIOSO PARLANTE no llegó á ser en el arte todo lo que prometía. Sus últimos libros son menos de un artista que de un historiador y de un *curioso* ilustrado y discreto. Aunque para la historia de nuestro siglo valgan si no más, tanto, sus libros de recuerdos y de investigaciones eruditas, como sus artículos de *costumbres*, según la frase de años atrás, lo que es para el arte son éstos de valor más superior y presentían á España un gran escritor realista que hubiera podido ser, á su modo, según el país, un Balzac nuestro, á lo menos en ciertas cualidades. La vida de relaciones sociales en su aspecto plástico, por decirlo así, y la influencia de esto en la moralidad, eran el asunto predilecto y la vocación literaria de EL CURIOSO PARLANTE. Al decir que presentía mucho, es claro que me refiero á promesas de cosas muy grandes, pero sin subir tanto, es indudable que *Mesonero* escribió como un maestro y que hay muchos méritos en sus obras, que las harán siempre muy recomendables y dignas de estudio.

III

Figaro mucho más perspicaz de lo que ahora quieren suponer algunos, alabó con arranque espontáneo las obras de EL CURIOSO PARLANTE, y dió la mejor prueba de que le miraba como verdadero artista, el día (el de su triste suicidio) que le fué á

visitar para proponerle escribir juntos un libro que se llamase *Quevedo*.

¡Cuántas veces he pensado yo en este episodio que el mismo Mesonero nos relata!

¿Qué sería, cómo sería el *Quevedo* que había imaginado el pobre *Figaro* en aquellos días terribles para su espíritu?

¡Y qué gran idea tendría de EL CURIOSO PARLANTE cuando iba á proponerle colaborar en tal obra, que debía de ser para correr *sangre de su sangre*!

A propósito cito la opinión de *Figaro* y este acto suyo para que no extrañen algunos que considere yo al autor de las *Memorias de un Setentón* dentro de cierto género en que no suelen colocarle aquellos que piensan más en el pulcro, activo, simpático y cortés anciano que vieron hace poco pasear por las calles de Madrid, que en el joven, elegante también, muy español, pero nada africano, clásico por el temperamento, no por preocupaciones escolásticas, alegre, perspicaz, comedido, que escribió el *Panorama* y tantos otros artículos que se leerán siempre con gusto y provecho.

IV

Si no fuera aquí importuno pensaría ahora en las causas que impidieron que de los fragmentos y bocetos de EL CURIOSO PARLANTE y otros pocos saliera un renacimiento de la novela realista española. No salió. El teatro romántico que floreció un poco,

como un eco, tal vez el primero y el último, de nuestro gran teatro, no tuvo por compañera una novela realista, que hubiera sido eco también, pero no el último, de nuestra novela gloriosa.

EL CURIOSO PARLANTE tuvo, sin embargo, la satisfacción de vivir bastante para alcanzar muchos lustros después de haber él sembrado tan buena semilla, el florecimiento de la novela española del siglo XIX y fué grande amigo del principal representante de este renacer dichoso de don Benito Pérez Galdós que admiraba y amaba (y amaba y admira) al noble, inteligente y respetable anciano como á un ascendiente.

V

El que suscribe no tuvo nunca el placer y el honor de hablar con EL CURIOSO PARLANTE; pero le ví muchas veces. Le vi... y le seguí por las calles; estaba yo en la edad de los entusiasmos literarios (que yo quería prolongar hasta la muerte) en que se *esplía* á una *notabilidad* del arte como se *encierra* á una buena moza.

Muchas veces le encontré en la esquina de la calle de la Montera, al cruzar hacia la calle de Alcalá. Yo le saludaba como á un obispo y le dejaba la acera. Acaso en el fondo de mi alma deseaba que algun coche ó algun aguador se le viniera encima para tener ocasión de salvar al hombre que tanto

me había hecho pensar y sentir en las lecturas de mis veranos solitarios; allí en mi aldea, cuando yo era todavía un disciplinado estudiante de retórica y no un adolescente, bachiller revolucionario y lector encantado de Mosset y de Leopardi...

Si no en la calle, en un periódico tuve la ocasión que buscaba. No sé si una caballería ó quién atacó al CURIOSO PARLANTE desde la prensa ultramontana intransigente, y yo desde un humilde periódico republicano defendí con todo el corazón al escritor insigne, que había sabido respetar siempre y ser respetado, que había podido ridiculizar el romanticismo ante las *barbas* y las *melenas* de nuestros más exaltados románticos, sin que ellos pudieran darse por ofendidos.

Mesonero leyó mi defensa y por conducto de un hijo suyo, amigo mío desde entonces, me dió las gracias. Dios se las pague. Pero no había por qué darlas. ¡Le debía yo tantas ideas, tantos *avisos útiles*, tantos *sujestismos* como decimos ahora!

VI

Yo, que deseo ardientemente llegar á viejo, á viejo como Mesonero Romanos, alegre, activo, *compos voti*, trabajador y con buena memoria, para poder escribir otras muchas cosas que ahora bullen en el cerebro, pero que no me atrevo á sacar de allí por miedo á lo poco que sé, y porque me temo que mis ideas de ahora me han de parecer pobres

más adelante; yo, en fin, lleno de propósitos, tengo entre ellos el de decir algo de nuestros escritores satíricos y de nuestros *cronistas artísticos* de costumbres y para ese estudio dejo la exposición de lo mucho que se me ocurre pensar después de leer las obras de EL CURIOSO PARLANTE y acordarme de su vida; de su vida, llena de paz, de virtudes, de méritos.

CLARÍN.



NOTAS BIOGRAFICAS

DON Ramón de Mesonero Romanos nació en Madrid el 19 de Julio de 1803.

Fueron sus padres don Matías Mesonero y Herrera y doña Teresa Romanos, teniéndole en la pila bautismal don Pablo Malla de Salceda y Palacios «personaje un tanto figurón (según afirma el mismo CURIOSO PARLANTE) que encarnaba, por decirlo así, no pocas de las cualidades de ambos Lúcas, el del Cigarral y el Dómine, que inmortalizaron con su donaire las regocijadas plumas de Rojas y Cañizares.»

Contrajo matrimonio en 1849.

La modestia del señor Mesonero constituía una de sus más notorias cualidades personales (1), lo cual no impidió que hombres eminentes se enorgullecieran llamándole su maestro, y que fuese con-

(1) *Así como a otros el orgullo (dice el Marqués de Valmar) a Mesonero le alucina su profunda modestia...*

decorado en 1871 con la gran cruz de Isabel la Católica, libre de gastos, por insinuación del señor Galdo, Alcalde Presidente de Madrid entonces.

Velando siempre por los intereses de la villa, su larga estancia en el seno del Municipio encierra muy gratos recuerdos para los hijos de la populosa capital de España... *Actividad é iniciativa*. Hé ahí otras dos importantes cualidades del *Setentón* madrileño.

Digna también de citarse es la *independencia* en que siempre vivió, *de hecho y de propósito*, como él manifiesta: tal conducta, le proporcionaba la libertad de escribir cuanto sentía, sin coacción de ningún género, aunque con delicada nobleza, porque según indica en uno de sus versos,

«no me obligan compromisos
á la opinión de los otros:
tengo y sostengo la mía,
pero sin tema ni encono.»

De carácter vivo, *pronto*, como vulgarmente se dice, era fácil sorprender en su rostro una sonrisa *picaresca*, símbolo de bondad y de travesura, en que parecía reflejarse su personalidad típica de escritor de costumbres.

Desde sus primeros trabajos en las *Cartas Españolas*, de Carnerero, y en el *Semanario Fintoresco Español* (fundado por EL CURIOSO PARLANTE en 1836) hasta las *Memorias de un Setentón*, que fue-

ron la última obra del popular cronista, (1) demostró este constantemente la especial aptitud de sus facultades «para pintarnos, con el color fresco y propio de un Goya literario, como expresa el señor Llano y Persi, la vida madrileña.»

En 1838 se abrieron las puertas de la Academia de la Lengua para dar entrada en ella al señor Mesonero Romanos. También perteneció éste á la Sociedad Económica Matritense, y á él se debe la fundación de las escuelas de párvulos y de la Caja de Ahorros.

Antes de hacer punto final consignaremos varios datos relativos á EL CURIOSO PARLANTE en el último período de su vida.

Solía levantarse á las nueve, dedicando algunos ratos á la lectura de *El Imparcial* y *La Correspondencia*, si bien la mayor parte de la mañana y de la tarde la consagraba á sus literarias ocupaciones. Salía despues, si el tiempo lo permitía á dar largos paseos, ó cumplir cualquiera atención, yendo con

(1) Después de publicadas estas *Memorias*, recibió múltiples felicitaciones el señor Mesonero, contándose entre ellas las de don A. Cánovas del Castillo, don Emilio Castelar, el conde de Toreno, Núñez de Arce, don Manuel de la Revilla, el marqués de Valmar, Mañé y Flaquer, don Francisco de Asís Pacheco, Asquerino, Navarrete, etc., etc. También el general Serrano, con especial complacencia, visitó por entonces á EL CURIOSO PARLANTE «para conocerle personalmente y tener el gusto de estrechar su mano».

frecuencia al Prado por las noches, durante el Estío y no era tampoco difícil, en este tiempo, hallarle refrescando en *Fornos* ó *El Suizo*. También le agradaba visitar amenudo los bazares.

Sus sentimientos religiosos le llevaban con cristiana unción al templo del Carmen Calzado, por el cual parecía tener especiales simpatías, contribuyendo, quizás, á ello el recuerdo de que á esa iglesia acostumbraba ir su «excelente madre» y él mismo de joven.

Respecto á fumar, lo hacía de un modo algo excesivo (con perdón suyo sea indicado) y solo le agradaban los puros.

Por la noche no trabajaba, gustándole que sus hijos le leyesen *La Época*, de que era suscriptor.

Padre y marido cariñoso, había hecho de su hogar un santuario: verdaderamente infundía respeto el penetrar en su casa. Aquel despacho, repleto de libros y papeles, exornado con severa modestia, revelando en todos los detalles las aficiones literarias de su dueño, causaba en la mente del curioso visitante honda impresion, trasladando su pensamiento á épocas tal vez muy reaccionarias, que las *Escenas Matritenses* describen, pero seguramente muy novelescas. Dos valiosos candelabros de plata colocados en sus correspondientes fanales, sobre la mesa del despacho, completaban el efecto.

Allí se respiraba poesía por todas partes ...

La tarde del 28 de Abril de 1882 salio á la calle Don Ramon, sin que al regresar á su casa notase la familia en él nada que pudiera hacerla sospechar el

próximo quebrantamiento de su salud. Muy avanzada la noche, estando ya todos recogidos, se sintió bastante mal el señor Mesonero Romanos, produciendo tan repentina indisposición extraordinaria inquietud á su señora é hijos, que por momentos fueron cerciorándose de la gravedad que encerraba, particularmente la tarde del 29, desde la cual el desgraciado enfermo ya *no conoció* á nadie.

Con tan tristes precedentes, llegó el funesto día TREINTA, y á media mañana el alma de EL CURIOSO PARLANTE subió al cielo, con tal rapidez, que solo pudo recibir entonces en la tierra el Sacramento (†) de la Extremaunción.

¡Descanse en paz!

El Ayuntamiento de Madrid hizo colocar en la fachada de la casa donde falleció MESONERO ROMANOS, Plaza de Bilbao, núm. 6, una lápida conmemorativa, de mármol gris, sobre ésta unos atributos en bronce (pergamino y tintero entre una corona de laurel) y en la parte superior del homenaje, el busto de EL CURIOSO PARLANTE, de mármol blanco (1). La inscripción de la lápida dice así:

(1) Realizó la obra el célebre escultor don Justo de Gandarias.

A DON RAMON MESONERO ROMANOS
AUTOR DE LAS «ESCENAS MATRITENSES»
CRONISTA DE LA VILLA
EL AYUNTAMIENTO DE MADRID
1885

También se ha puesto el nombre de MESONERO ROMANOS á la calle *del Olivo*, en atención á que dicho cronista nació en la casa núm. 6 moderno y 10 antiguo de aquella calle, actualmente 6 y 8, por refundición de los dos edificios que llevaban estos números en uno solo.

No hemos insistido más sobre su vida esencialmente literaria por ser de todos conocidas sus obras principales (1) y porque se desprende de cuanto han escrito en este *álbum*, plumas mejores que la nuestra.

EL CURIOSO PARLANTE falleció á consecuencia de un «derrame seroso» y está enterrado en un sencillo y elegante sarcófago del Campo Santo de San Isidro (Madrid), patio de Santa María de la Cabeza. Si alguna vez vais á visitar esta «casa de los muertos», os suplico que receis un Padre nuestro ante la tumba del que fué en vida don Ramón Mesonero Romanos (2). S. L. ARRÓJO.

(1) *Panorama Matritense, Escenas Matritenses, Tipos y caracteres, Recuerdos de viaje, El antiguo Madrid, Memorias de un Setentón.*

(2) Al terminar esta breve y desaliñada reseña no podemos menos de rogar á los lectores que disculpen las múltiples faltas que contiene, viendo solo en ella el buen deseo de rendir un humilde tributo de cariño y de respeto á la memoria del que dió el sér á la escogida por nuestro corazón.

INDICE

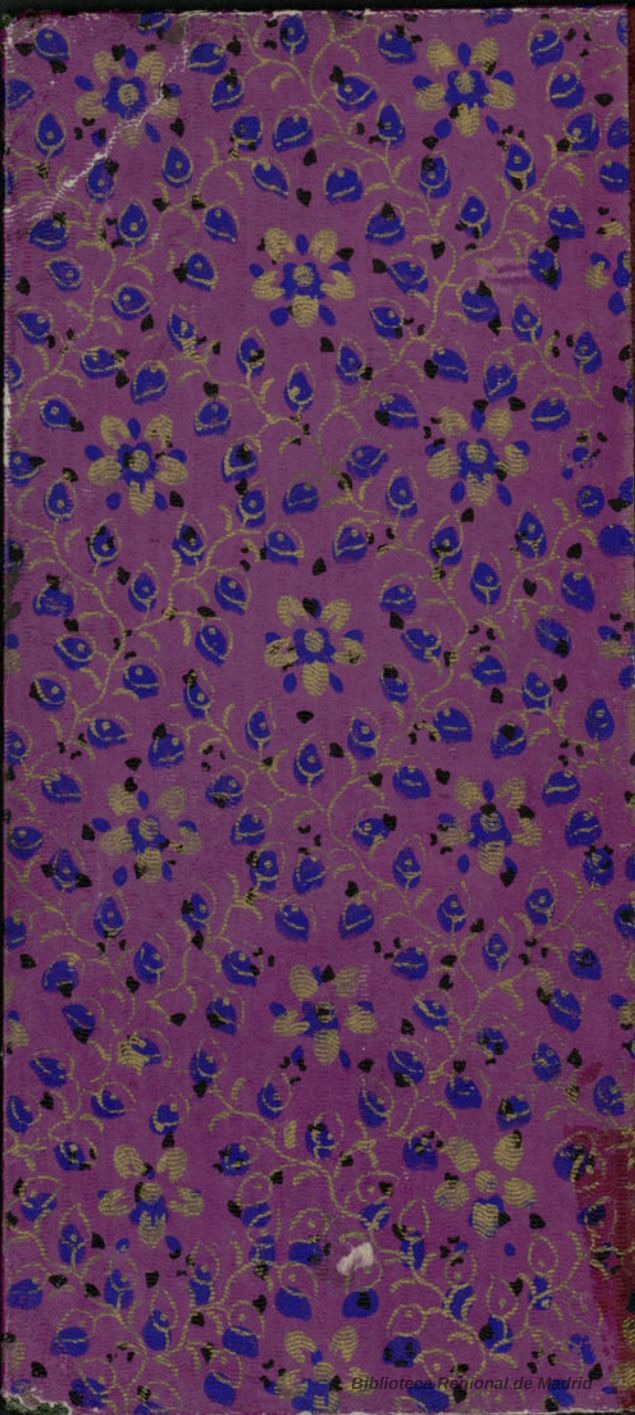
	Páginas.
A los lectores de este libro. —Sebastián López Arrojo	1
Carta falsa. —Dr. Thebassem.....	9
¡Lo bueno siempre es bueno! —Juan Pérez Zúñiga..	11
¡Ladrón!! —Juan Valero Martín.....	13
Las posadas secretas. —Ricardo Sepúlveda.....	25
Estilos (Bustillo, Ansorena, Pérez Zúñiga y López Silva).—M. Pérez Urria.....	41
Carta abierta. —María del Pilar Sinués.....	47
***.—Isaac Peral.....	55
***.—Patrocinio de Biedma.....	57
Hojas sueltas. —Angel Caamaño.....	59
***.—Ramón Chies.....	63
El Copo. —Salvador Rueda.....	65
Mesonero Romanos. —A. Peña y Goñi.....	67
El sereno. —Julio González.....	69
Cosas de Madrid. (La ermita de San Antonio de la Florida).—Alfonso Pérez Nieva.....	75
***.—Joaquina Balmaseda de González.....	79
Mayo. —Enrique Pérez Escribá.....	81
Carta íntima. —Rafael M. de Labra.....	85
La comedia casera. —Juan de la Cruz Ferrer.....	87
En el séptimo aniversario de la muerte de don Ramón Mesonero Romanos. —Frontaura.....	97
Tres cuadros naturalistas. —B. Mas y Prat.....	101
Á la memoria de Mesonero Romanos, después de leer sus obras. —Rosario de Acuña.....	115
El Literato. —UN CUALQUIERA.....	119
Miscelánea. —S**.....	123
El Curioso Parlante. —Leopoldo Alas (<i>Clarín</i>).....	127
Notas biográficas. —S. L. Arrojo.....	135



1064207



60984 81800



FONDA
A-
Bib